







# Libro primero

Memorias de una  
ciudad extraña



## **PURGATORIO: HANS DE NANPRAGA**

### **EPISODIO I: DE LA LLEGADA DE LOS EMISARIOS DEL DIOS VERDADERO**



quel día recibió el nombre de “Día del Sol Negro”. Corría el año mil después de la llegada de Jesucristo y los rumores acerca del fin del mundo recorrían la vieja Europa como pájaros de mal agüero. Sin embargo, nadie, ni siquiera los más agoreros entre los pesimistas, pudieron imaginar lo que se le venía encima a la humanidad. Toda la tradición oscurantista de la cultura románica quedó empequeñecida por los siniestros acontecimientos que se desataron en la mañana del seis de junio de ese año. Aquella jornada el sol no llegó a brillar, pues su rostro quedó velado por las tinieblas. Un eclipse total tapó su luz y sumió en la oscuridad a toda la Tierra. Ante aquel prodigio las gentes salieron de sus casas, más aterradas que sorprendidas, pues en las mentes de todos estaban los recuerdos de las profecías y predicciones de los profetas de fin de milenio. Las iglesias se saturaron en pocas horas y el pueblo clamaba pidiendo a los sacerdotes explicaciones acerca del extraordinario suceso. Todos sabían que la oscuridad es el medio en donde más a gusto se mueve el Diablo y todos temían que la llegada del anticristo se hubiese producido. No podían, muy a pesar suyo, dar explicaciones los clérigos, pues tan culpables eran ellos como el resto de los hombres de la ofensa hecha a Dios, y aunque algunos temían por vislumbrar el significado, ninguno sabía nada a ciencia cierta.

Fueron los estudiosos del Apocalipsis los primeros en identificar los símbolos que se aparecían ante los ojos de todos ellos, ciegos por sus maldades y su irreverencia. Pero ya era tarde, pues fue a mitad de aquella mañana cuando la tierra de los cementerios comenzó a removerse, acompañada por un fuerte temblor que con sordo estrépito derribó casas y torreones. Las más pretenciosas construcciones fueron las primeras en hundirse, resistiendo tan sólo las lúgubres iglesias románicas, bajo los arcos de las cuales se ocultaba la canalla temblando al recordar sus impías vidas. De las grandes fisuras que quebraron el suelo salieron los cuerpos, en muchos casos tan solo osamentas, de aquellos que ya habían muerto. Frente a aquel espectáculo ya nadie dudó. Todos supieron que el fin del mundo había llegado, tan de improviso como anunció el Cristo, como un ladrón en la noche, como el amo que vuelve de viaje.

Los pífanos y clarines celestiales dominaron el estrépito de la destrucción con sus angelicales melodías. Los cielos se abrieron y los ejércitos del Dios Verdadero mostraron su esplendor, iluminando con su presencia a través de los densos nubarrones que tapiaban la bóveda celeste. Su luz era la única luz que

alumbraba al mundo, muerto como estaba el sol. Su voz era lo único que se oía, acallado el estrépito por su mera presencia. Entonces comenzó la criba, la separación de la cizaña y el trigo limpio. Las almas de los justos emprendieron un grácil vuelo hacia las alturas dejando tras de sí estelas de un blanco immaculado. Los ángeles las recibían entre clamores y las vestían con hermosas túnicas. Conduciéndolas de la mano las llevaban volando hacia el Trono Celestial, anunciados por las más bellas melodías interpretadas por los seres más hermosos. Algunos de los que vivieron aquella jornada consignaron por escrito los nombres de los mártires a los cuales habían reconocido, cuyo número no tenía fin. El gozo de contemplar aquel espectáculo era sublime, manchado, sin embargo, por el hecho de estar excluidos de la celebración.

Pues aquel día fue también el día de la condenación para muchos. El anunciado llanto y rechinar de dientes no se demoró siquiera al término de la procesión de los justos. El Ángel Exterminador bajó con sus huestes a la Tierra y barrió con su espada flamígera a los malvados y a los perversos. De las fisuras que surcaban el piso comenzó a brotar lava, y por los resquicios de algunas de ellas era posible contemplar el Infierno. Negros tentáculos salían de las mismas y atrapaban a los aterrorizados pecadores que intentaban una imposible fuga. Montañas enteras estallaban en llamas devastando los bosques y sembrados con los fuegos eternos de la condenación. Ya solo existía un orden: el divino. El ejército de ángeles arrojaba a las llamas que nunca se extinguen a los culpables irredentos y rescataban de los siniestros tentáculos a las almas puras que caían en sus presas.

Salieron entonces las huestes del Ángel Caído, con el mismísimo Diablo al frente. Sembraban el pánico entre los que aún no habían sido seleccionados para uno u otro destino, induciéndolos mediante trampas y engaños a caer en pozos sin fondo. Los acorralaban contra las grietas a la espera de que saltaran ellos mismos a las llamas. En ocasiones eran los negros tentáculos quienes los agarraban a traición, dejándolos a merced de la intervención de los ángeles... si de tal eran dignos. Algunos hombres y mujeres fueron convencidos por los demonios para que se unieran a ellos, con la promesa de un trato de favor una vez llegasen al Infierno. Los que así eran seducidos quedaban mutados al momento: retorcidos cuernos de cabra crecían en sus cabezas y sus dientes y sus manos se tornaban en los de bestias salvajes.

Llegado el medio día, el Ángel Exterminador terminó de escoltar a los limpios de corazón hasta el Paraíso y por unas horas la Tierra quedó a merced de las huestes infernales. Todo lo que no había sido destruido por el terremoto fue entonces pasto de las llamas. Los supervivientes corrían por los campos y las ruinas de las ciudades aullando enloquecidos. Unos se abandonaban al Diablo, creyendo que su salvación era ya imposible. Se arrojaban estos sobre sus congéneres y los asesinaban y torturaban brutalmente con la esperanza de impresionar al que creían su nuevo señor. Otros se perdían en dantescas orgías, bacanales sin fin que condenaban sin remisión sus almas sin conseguir aliviar su espíritu. Algunos de los hombres y de las mujeres que aún quedaban en pie renegaron de todos los dioses y empuñaron las armas. Se organizaron en numerosos ejércitos sin líderes ni caudillos, en los que solo imperaba una norma:

la humanidad contra el resto de la creación. Hostigados por los demonios se veían envueltos en continuas batallas que a ningún señor agradaban. Solo su voluntad y su total desarraigo les permitían sobrevivir en un mundo enloquecido y agonizante.

Hubo también pequeños grupos que se reunieron en las iglesias que quedaban en pie y oraron. Otros tan solo caían de hinojos en medio del caos e imploraban misericordia al Padre de la humanidad. Su contrición era sincera y su dolor inmenso. Habían necesitado ver para creer, pero habían sido redimidos por su auténtico arrepentimiento. Los nuevos sirvientes del Diablo intentaban acabar con ellos, avergonzados por la entereza de los compungidos. Les daban muerte allí donde los encontraban y prendían fuego a los templos que permanecían en pie. Los alaridos de los abrasados se elevaban mezclados con las plegarias hasta el cielo.

Entonces, el Dios Verdadero oyó el llanto de su pueblo y sintió misericordia. La bóveda celeste se abrió una vez más y una nueva legión de ángeles se batió sobre la tierra, salvando a aquellos cuyo arrepentimiento había sido sincero. No obstante, el Diablo y sus demonios no querían ceder sin lucha el vasto terreno que habían conseguido ganar en la Tierra, y enfrentaron a sus mesnadas con las recién llegadas tropas celestiales. Ambos ejércitos chocaron en muchos frentes, quedando en bastantes ocasiones los renegados atrapados entre dos fuegos. Esta guerra ultraterrena se extendió durante días, y la Tierra entera tembló con cada nueva contienda. Las almas de los condenados llenaban sin parar los pozos infernales, mientras las almas de los absueltos subían entre níveas estelas hasta el firmamento.

El primer día las aguas de los mares se embravecieron, y se tragaron los reinos de Oriente y parte de las islas de los pictos. El Marenostro se abalanzó sobre el África y las costas modificaron su fisionomía. Los hombres murieron ahogados por millares. El segundo día el cielo se estremeció y volcó sobre el mundo una lluvia de hirviente granizo. Los relámpagos fulminaban a demonios y a hombres, y con sus chispas y centellas provocaban más incendios. El tercer día la lluvia apagó los rescoldos y los ejércitos sobrenaturales se retiraron. Llegó entonces la peste para azotar a los que todavía quedaban con vida en un mundo en ruinas.

Un pacto tácito surgió tras aquella fatal jornada. Para evitar la total destrucción del mundo se retiraban los ejércitos del Diablo y del Dios Verdadero, pero la batalla continuaría en otros niveles. La ruina a la que había quedado reducida la Tierra sería el limbo en el que se decidiría el destino de las almas de aquellos que no fueron condenados al Infierno ni llevados a la mesa del Señor. También el de los hijos de estos, y el de los descendientes de sus descendientes hasta doce veces doce. Será entonces cuando la tregua no firmada expirará y se llevará a cabo el reparto de almas.

Los hijos de los que allí quedaron todavía esperamos la redención por mediación del único y verdadero Dios. Pero los sicarios del Diablo no aceptan las reglas divinas y campan a sus anchas por las tierras de los hombres. A través de la Guerra Santa buscaremos nuestro perdón.

Siete generaciones atrás, mis ancestros erigieron en esta colina una torre de piedra, la misma desde la que hoy contemplo la llegada de las Huestes Negras. El baluarte se construyó con materiales procedentes de los edificios en ruinas y hay quien afirma que las voces de algunos de los que en ellos murieron aún susurran en las noches de tormenta entre los sillares y la argamasa. Fue en esta colina, surgida de un valle, elevada por la furia de los elementos en el Día del Sol Negro, donde establecieron su refugio los supervivientes de la masacre guiados por la mano del Dios Verdadero. Agrupados por la férrea voluntad de Hans, el apodado "el Fuerte", cavaron zanjas con las que delimitaron el perímetro de lo que sería una nueva ciudad. Elevaron muros con los restos de la antigua metrópolis y coronaron la torre con estandartes en los que bordaron un nuevo escudo de armas, el oso envuelto en llamas, y el símbolo del Dios Verdadero, la cruz de doble travesaño. Era el reto a las huestes del Diablo que aún campaban entre los despojos, la muda amenaza que mantendría alejados a saqueadores y asesinos. En aquel recinto, que dominaba la antigua ciudad ahora ya devorada por el tiempo, se construyeron casas de madera y barro y se perforaron pozos. El duro trabajo era dirigido por Hans, quien insuflaba esperanzas a sus espíritus cuando la desesperación los mellaba. Su carisma y su entereza fue el faro que dirigió a aquella gente náufraga en un mundo que había mudado por completo su aspecto. Pronto fue nombrado rey, cargo que le correspondía por derecho indiscutible. Y él bautizó a aquella naciente ciudad Nanpraga. Habían conseguido sobrevivir al desastre y, aún más importante, habían encontrado algo por lo que luchar. Volvían a tener un hogar y una nueva oportunidad de redención. El perdón estaba al alcance de sus manos, cuando hacía pocos días se veían irremisiblemente condenados al tormento eterno.

En su afán por crear una nueva ciudad digna del Dios que les había dado una ocasión para arrepentirse, construyeron una iglesia, austera pero grande, y en ella se reunían todos los Domingos para dar gracias y discutir cómo deberían conducir sus destinos. En pocos años las construcciones de madera y barro fueron sustituidas por otras de piedra y los campos volvieron a ser labrados. Los rebaños dispersos fueron conducidos de nuevo a los corrales y los establos y la prosperidad retornó con ellos. La ciudad seguía enclavada como atalaya vigilante de las tierras del Diablo, pero crecía en fuerza sin descuidar su espíritu.

El hijo de Hans "el Fuerte" siguió el ejemplo de su padre y honró su memoria. Reclutó entre sus súbditos a hombres valientes que patrullaron los campos. Cubiertos de hierro y armados con una fe inquebrantable, presentaron batalla a los degenerados siervos del Maligno. Y así fueron pasando los años, arrancando la cizaña que se obceca en crecer entre la buena simiente, velando, como el buen pastor, para que las alimañas no entren en el redil.

Pronto Nanpraga fue un bastión digno de admiración para aquellos que mantenían la fe y la esperanza, y otros monarcas de todos los confines de la Vieja Europa enviaron a sus emisarios con promesas de amistad y juramentos de alianza. Tras ellos, una delegación del mismo Pietro se personó entre los muros de esta vieja fortaleza. Y con feroz orgullo, ante su santa presencia, se aceptó ser

la atalaya meridional de la Marca Germánica, deudora de todas las tierras leales al Dios Verdadero.

Hoy soy yo, descendiente de sangre de Hans “el Fuerte”, quien gobierna Nanpraga. Concedor del valor que esta tierra tiene como enseñanza al mundo de la recompensa por la perseverancia y de la importancia de su misión como frontera con los reinos corrompidos, me veo abrumado por una responsabilidad que quizá me haya sobrepasado. Al ver llegar a los caballeros cruzados a mis puertas no dejo de preguntarme cuál será su misión en estos lares, tan alejados de las posiciones del grueso del ejército del Dios Verdadero. Es ahora cuando reflexiono acerca de si todas mis decisiones, aun habiendo sido tomadas con la mejor de las intenciones, habrán sido las más adecuadas para los tiempos en los que vivimos. He de confesar que me arrepiento de algunas de ellas, e incluso me sorprende de mi propia necesidad. Es curioso cuando aun después de habernos sido enseñado el cepo metemos la mano para coger el alimento prohibido con la extraña sensación de que dicha trampa no fue ideada para nosotros, de que tan simples ardidés no pueden ser obra de la retorcida mente del Diablo. Y aun cuando el dolor nos atenaza, aun cuando corre la sangre por nuestro brazo, nos preguntamos si realmente no fue lícito nuestro intento. Es la soberbia la que nos conduce por el mal camino, pues no podemos ampararnos en la ignorancia tras haber conocido toda la historia que ha forjado nuestro presente.

Una fina llovizna humedece mi rostro mientras los veo llegar por el camino empedrado que construyó mi padre. A pesar de la oscuridad crepuscular puedo distinguir bien sus uniformes y sus monturas. Tan solo sus rasgos se desdibujan ante mi mirada. Portan el estandarte de la cruz roja sobre fondo de sombras, que indica su pertenencia a las Huestes Negras. Visten sobrevestes negras sobre armaduras de malla ensombrecidas con brea. Sus brazos van cubiertos por cuero negro tachonado en bronce y sus manos enfundadas en guantes de idéntico color: sombras sobre sombras. Sus yelmos plateados brillan al son de las antorchas, al igual que las espuelas que relucen en sus botas. Largas capas cubren sus hombros y ostentosas espadas cuelgan de sus flancos. Sus bocas son manchas oscuras bajo el refulgente ardor de sus cascos, quebrados por crestas de crin de caballo teñida de púrpura en los mandos. Son una siniestra procesión cargada de amenaza, con sus lanzas enhiestas recortándose contra la sangrienta línea del horizonte. Sus monturas, fieros animales de la especie llamada *razzia*, relinchan en tonos graves, con la solemnidad que requiere su desfile. Libres de todo ornamento, algunos incluso de riendas, constituyen una formidable raza de caballos, más rápidos y ágiles que los de guerra, pero lo bastante fuertes como para enfrentarse a estos.

Observarlos cuando cruzan la puerta amurallada de la ciudad causa en mí un extraño estremecimiento. Un mal presagio flota en el ambiente. Las calles han sido engalanadas con flores, antorchas, braseros y estandartes, incapaces todos ellos de hacer mella en nuestros visitantes. Solo sirven de medida de nuestros sentimientos, y revelan la información que han venido a buscar nuestros inesperados visitantes aun antes de que la reclamen.

Bajo a recibirlos a la puerta flanqueado por mis guardias personales, quienes se han pertrechado para la ocasión. Mas me engaño: no es ahora cuando los

espero, sino que aquel momento sucedió hace ya mucho tiempo. No son más que recuerdos lo que aflora a mi mente, pues me encuentro en el limbo desde... ¿Qué sentido tiene hablar de años cuando se está perdido en el inmenso seno de la eternidad? Sí, no son más que hechos pasados que vuelven a mi mente, fragmentos de mi vida que me muestran los últimos instantes de mi existencia y contribuyen a crear la trama de la historia. No solo de la mía, sino también de la de aquellos extranjeros que vinieron a mi ciudad, muchos de ellos tan solo para morir. Como en un sueño, los pensamientos han ido sucediéndose en mi mente, desde las historias del fin del mundo hasta la llegada de los que terminaron con el mío. Y aturdido como si estuviese en uno, me he dejado embargar por la sensación, por el vértigo de la inconsciencia, hasta crearme viviendo de nuevo mi vida. Quizá el limbo sea tan solo eso, un sueño eterno en el que vivimos una y otra vez las mismas situaciones. Tal vez toda vida sea únicamente una permanencia en el umbral de los dos Reinos, Cielo e Infierno, sin tener conciencia de ello. ¿Cómo podríamos saberlo hasta haberlo comprobado?

Cuando abrí aquella puerta y noté la brisa, ya nocturna, en mi rostro, no fue el frío lo que me hizo estremecer. Tampoco el siniestro aspecto de mis ineludibles invitados, sino más bien el significado implícito en su presencia. Encabezaba la procesión Acán, el terror de los siervos del Diablo. Como prueba de sus correrías colgaban de sus brazos y de su cinto decenas de tiras de cuero, una por cada engendro muerto por su espada. En aquellos días era un hombre ya mayor, harto de batallar y de vencer. Su vida de cruzado había sido una ininterrumpida guerra contra los baluartes que el Maligno poseía cerca de los Reinos Libres. Había nacido en los Pirineos, en una tierra agreste que quedó baldía tras el gran cataclismo, pero que sus tozudas gentes no habían consentido en abandonar. Su rostro mostraba la dureza de su hogar, con las mejillas hundidas y la cara estragada por los elementos. Su cabello cano y sus ojos castaños quedaban ocultos por el yelmo, que solo permitía la visión del mentón, perfectamente afeitado, y de su dura boca.

Fue él quien desmontó de su caballo, un corcel negro como la noche, tan solo secundado por su otro mando, Ruth, la de Dax. Esta joven mujer había ganado el derecho a la crin púrpura a golpe de espada y, a pesar de su corta edad, rivalizaba con su capitán en el número de correas que contabilizaban sus victorias. Su boca surcada por una cicatriz fue el único rasgo que de ella pude contemplar en aquella ocasión, aunque más tarde pude hacerme deudo de su belleza estragada por las cimitarras del enemigo. Su pelo, muy corto, era rubio, como es común en la región de la cual procede, y sus rasgos, pequeños y chatos. Su voz, ronca a causa de un corte en el cuello, no me fue revelada hasta la cena, pero fue una de sus particularidades que más me impactó, pues parecía provenir de los dominios de ultratumba.

La segunda línea de jinetes de Acán portaba entre sus rocines un gran cofre asegurado por cadenas y candados, y tras los saludos de cortesía y mis ofrecimientos de cobijo no pude evitar preguntarle qué traían. Laónico, el capitán me respondió: “oro”. Tras ello se puso a dar órdenes a sus soldados, los

cuales se encaminaron a las caballerizas y se instalaron en el castillo. Mis sirvientes habían preparado una habitación para cada uno y, para mi sorpresa, emplazaron el pesado cofre, sin permitir ayuda de ningún tipo, en una de ellas.

Sumaban todos ellos una docena, por lo que ocuparon un piso entero del edificio que mandó construir mi bisabuelo en torno a la base del primigenio torreón. No se liberaron de la carga de sus armas, pues sus votos se lo impedían, y tampoco se dejaron ver por ninguna de las otras alas de la fortaleza. Esto causó cierta inquietud entre mis hombres. No era la primera vez que nos visitaban cruzados, pero nunca habían venido tan de improviso, ni dando explicaciones tan vagas. Ahuyentaron con brusquedad a todas las personas que había destacado tanto para su acomodo como, he de reconocerlo, para mantenerlos vigilados. Literalmente, tomaron la planta entera, y, así, el control del corazón del castillo. Por lo que pude enterarme, se dedicaron a actividades impropias de quien se encuentra en territorio amigo. Desecharon los muebles que había en las habitaciones, en particular las camas, con las que formaron parapetos y barricadas; dormirían sobre esteras en el suelo y, algunas noches, tan solo meditarían arrodillados, con sus rostros vueltos hacia la luna. Organizaron su propio turno de guardias y nadie pudo volver a entrar en los que hicieron sus dominios. Era como si esperaran encontrar enemigos en el interior mismo de mi fortaleza y, sabiendo lo que les deparó luego el destino, no me es posible más que maravillarme de su precaución. No cabía duda de que eran guerreros entregados en cuerpo y espíritu a una misión, un cometido que no perdían de vista en ninguna situación o lugar. Vivían sumergidos en la paranoia, en el completo desarraigo de la sociedad. Eran soldados consagrados a luchar hasta la muerte aunque no estuvieran en el campo de batalla. Y era esto lo que me preocupaba, pues no conseguía comprender cuál era el motivo que les había movido a refugiarse en mi castillo.

Me equivocaba, de hecho, al pensar que buscaban refugio. Debí haber pensado entonces que era la conquista lo único que pretendían cuando avistaban una fortaleza. Para ellos solo existía un enemigo, pero tenía infinidad de modos de manifestarse. El hecho de que trajeran oro debió ponerme en guardia, aunque yo no podía imaginar que supiesen cómo había perdido el mío.

Era cierto: había gastado toda mi fortuna pensando tan solo en salvaguardar a mi pueblo de los males inmediatos. ¿Quién podría haberme advertido que con la decisión tomada en una noche de desesperación e insomnio iba a condenar a mi querida ciudad a la destrucción? Las tentaciones del Diablo son siempre hábiles, bien lo sabe nuestro Señor. Ya nos advierten las Escrituras contra los caminos fáciles y los remiendos precipitados. Pagué el precio de mi codicia al aparecer en el horizonte de Nanpraga las hordas armadas del Eterno Enemigo. Adormecido por un prolongado tiempo de paz había reducido el presupuesto de mis tropas para invertirlo en otras industrias más lucrativas. Necio de mí, había buscado la prosperidad terrenal para mi gente y había dejado que se oxidasen las armas que permitían su salvaguarda. Mi guarnición no podía defender el puesto que le había sido confiado y el ejército del Pietro estaba a demasiada distancia. Al menos, eso fue lo que creí.

La falta de claridad en mis misivas al Sumo Pontífice les indujo a pensar que aguantaríamos sin dudar un asedio, por lo que se demoraron en enviar refuerzos e incluso heraldos. Pero mis hombres no estaban preparados para el enfrentamiento. Bien hubiéramos podido plantar cara a aquellos impíos seres. ¡Debiéramos haberlo hecho sin vacilar! Pero no fui capaz de soportar la carga que me había sido impuesta y, acompañado de mis hombres de mayor confianza, pacté con el enemigo y les entregué el oro de mis arcas a cambio de las vidas de mi gente. Fue un tratado realizado en las sombras, como todas las obras del Maligno, a escondidas de mi pueblo, por el que he condenado mi alma. Las mesnadas diabólicas se retiraron y pensé que jamás nadie sabría nada de aquel asunto. ¡Maldigo mi cobardía! Debimos luchar hasta la muerte, pues ese era nuestro cometido. De habernos fiado de la Divina Providencia hubiéramos seguido con vida y con las conciencias tranquilas.

Las Huestes Negras no vinieron en nuestro auxilio y nada supimos de ellas. Mi pueblo no conoció jamás los motivos que hicieron retirarse a las tropas del Diablo y prefirieron dar gracias al Dios Verdadero que indagar, como si percibieran de algún modo la traición en el ambiente. Pronto se supo en los alrededores que mi corona andaba escasa de recursos, pero nadie podía auxiliarme. Tampoco yo reclamé ayuda. Por ello mi sorpresa se confundió con la esperanza y la inquietud cuando vi llegar a aquellos hombres del Pietro cargados de oro hasta mi puerta. No obstante, hube de esperar a la cena para enterarme de los motivos que les habían llevado hasta mi hogar.

Esta la dispuse en el salón más grande de mi casa. Ordené que ardiera alegremente el fuego en las chimeneas y encargué que se asaran dos cabritos. Quise agasajar a mis huéspedes, aunque yo no los hubiera invitado. Compartiríamos mesa con ellos mis dos hijos, Lan y Moisés, así como mi esposa, María, y mi consejero, Roberto. Todo se dispuso con presteza y todos se esmeraron en que la comida y el servicio fuesen de nuestro total agrado. En cualquier otra circunstancia, un banquete de semejantes dimensiones, pues los condimentos y los platos secundarios abundaban, hubiera servido para contagiar un aire festivo. Sin embargo, la presencia de hombres armados en mi hogar no me permitía disfrutar de la situación. Cuatro de mis soldados estarían presentes durante la comida, engalanados como guardia de honor para disfrazar su función de guardaespaldas. También desfilarían numerosos criados, pero mi conciencia me impedía relajarme.

Los soldados del Pietro bajaron entrada la noche al salón donde celebrábamos la comida. Se habían despojado de las capas y de los escudos, pero seguían ciñendo la espada y el puñal al cinto y vestían las armaduras con las que habían llegado a mis tierras, sus únicos atuendos desde que juraban los votos sagrados de su secta. Seis de ellos fueron los que se presentaron, en cumplimiento de lo que ellos entendían por buenas normas de educación. Encabezaba la comitiva Acán, seguido de su lugarteniente Ruth. Los otros cuatro eran Christian de Bretaña, Sem, el aquitano, Arda, la espadachina de los Condados Orientales, y Adriano.

Todos ellos se situaron frente a sus respectivas sillas tras saludarme con un parco gesto de la cabeza, similar a un asentimiento. Algunos de mis perros les gruñeron, nerviosos por su presencia, pero pronto se acostumbraron a su lúgubre estar. A los habitantes del castillo, sin embargo, nos resultaba más difícil tolerar sus modos. Me senté a la cabecera de la mesa, como marcan las tradiciones de mi pueblo. A mi diestra, mi primogénito, Lan, y a mi siniestra, el menor, Moisés. Ambos se asemejaban más a mí que a mi esposa, tanto en carácter como físicamente. Eran rubios, de largas melenas espesas. Sus ojos grises y su profunda voz los hacían acreedores de respeto y les daban facilidad para hablar con el populacho. Éramos todos dignos descendientes de mi tocayo, el llamado “el Fuerte”.

María y Roberto formaban la frontera con los cruzados, quienes se habían distribuido según su categoría: más cerca de la presidencia, los mandos; más alejados, los soldados.

Al sentarse, todos ellos descubrieron sus cabezas dejando el yelmo al lado de sus platos. Esta era una de las normas básicas de los cruzados: tener los pertrechos siempre a mano en cualquier momento. Pero más que este hecho nos impactó a los presentes el símbolo que todos llevaban grabado a fuego entre ceja y ceja. Era, por supuesto, la cruz de doble travesaño, tatuada en su frente por el hierro candente. Era el más alto galardón al que aspiraban, otorgado al tiempo que juraban sus votos, y señalaba el compromiso de combatir a los sirvientes del Diablo hasta la muerte.

Acán dejó junto a su casco, asimismo, un pergamino, el cual, según pude ver, estaba lacrado con el sello del Pietro. El viejo cruzado no pronunció una palabra en toda la cena, por lo que no tuve ocasión de indagar acerca del contenido del mismo.

Un silencio opresivo se estableció en la mesa, de hecho, hasta que Adriano, un hombre mayor y de expresión y rostro fiero por estar surcado de cicatrices, pidió a gritos que se trajera vino en abundancia al tiempo que golpeaba la mesa con el puño en acompañamiento a su ruda voz. Su comportamiento hubiera podido predecirse sin dificultad, pues me era bien sabido que solo bebían vino. Le atribuían dos cualidades que le elevaban como bebida santa. La primera era que espesaba la sangre e infundía valor para batalla. La segunda era que abría las puertas de la percepción, permitiéndoles tener visiones místicas. Entre gritos aseguraba que un hombre rico como yo debía poner al menos una jarra para cada invitado, lo que provocó la hilaridad de mis hijos. Con una sonrisa forzada mandé a mis criados a por más vino y estos llegaron con los repuestos justo a tiempo para reemplazar la última jarra vacía. Lo único que agradecí de aquel desplante es que contribuyó a distender el ambiente. A medida que la bebida corría, las lenguas se soltaban y los soldados se hacían más bulliciosos. Todos excepto Acán, que como un siniestro buitre se obstinaba en su silencio.

Christian, un joven de rubia melena y mirada alegre, entabló conversación con mi hijo menor. Este siempre había sentido cierta inclinación por la religión, y en la inocencia de su temprana edad veía en la vida de los cruzados una existencia plagada de aventuras. Al de Bretaña no le costó ningún esfuerzo

perderse en detalles de la última campaña. Sus victorias frente a los *kynos*, pues así llamaban a los impíos, habían sido numerosas en los últimos meses. La gran cantidad de cordajes que colgaban de su brazo izquierdo eran una prueba de ello. Pronto se unieron a su charla los dos soldados más alejados de mi poltrona: Arda y Adriano. Estos eran como el día y la noche. La mujer tenía la expresión sobria, casi ascética, y su forma de hablar muy adaptada a la norma marcial. Sus ojos azules, enmarcados por rebeldes mechones negros, reflejaban una paz interior que llegaba a ser cruel. Su virtud era un grosero reproche para los que vivíamos en estadios bastante más alejados de los dogmas del Pietro. Adriano era mucho más campechano, aunque su mente afilada sorprendía por lo tosco de su físico. Sus posiciones y reflexiones teológicas al hablar de las conquistas de las fortalezas impías sorprendían por su ingenio y su fe. Fue esta imagen de sapiencia la que indujo a Roberto, mi consejero, a preguntarle acerca del significado de la palabra *kyno*. La melodiosa voz de Sem, el aquitano, fue la que dio la respuesta, unificando el tema de conversación en toda la mesa. Este era un joven de tranquilos ojos castaños, con el pelo del mismo color y el rostro casi imberbe. De sus brazos no colgaba ningún cordel, y tan solo tres de su cinto. Esto era la prueba inequívoca de su reciente incorporación a las Huestes Negras. Sus palabras fueron las siguientes:

—El término proviene de la antigua península de los griegos, uno de los territorios que fue engullido por el Marenostrum. Quería decir en su forma original "perro", pero el uso la ha trastornado hasta su actual fonética y significación.

Complacidos por la respuesta, sus compañeros le miraban con orgullo y mis gentes con respeto. Era el aquitano una de estas personas reposadas que apenas hablan, para hacerlo con la mayor propiedad de que son capaces en las escasas ocasiones en que abren la boca. Había sido la primera vez que participaba en la conversación en toda la velada y su voz fue la más agradable que oí aquel funesto día. La de Ruth, áspera y siniestra, fue la que rompió el silencio que había seguido a la explicación.

—Sem de Aquitania es el último refuerzo que ha llegado a nuestra bandera, y demuestra ser tan certero con sus palabras como con su espada. Me complace comprobar que los nuevos novicios siguen siendo templados con el mismo esmero que en los tiempos pasados.

El agasajado hizo un breve asentimiento en aceptación del cumplido, el cual había sido aplaudido por más de uno de los comensales. Intentando averiguar más acerca de los presentes, de los cuales tan solo conocía a los dos mandos, inquirí acerca de su preparación.

—El viejo campo de Adraga continúa forjando a los mejores guerreros del viejo continente. Siempre reconforta comprobar la fuerza de aquellos que nos protegen.

—No solo del viejo continente, Hans —terció Adriano con su estentórea voz—. Nuestras fuerzas son las más osadas y feroces del mundo entero. La fuerza del Dios Verdadero nos respalda y los enemigos de nuestra fe huyen al primer indicio de nuestra presencia.

—Ciertas son tus aseveraciones, Adriano —secundó Arda—, mas siempre son bien recibidas nuevas espadas a nuestro lado y la ansiedad se pinta en el rostro del joven Moisés. Has de saber, muchacho, que el sendero que conduce a las Huestes Negras es duro, pero el perdón de Dios es la recompensa que aguarda a aquel que persevera. Si tu ánimo es sincero, condúctete a Adraga, pues a las puertas del monasterio todos somos iguales. Tan solo el nombre nos distingue y la fuerza de nuestra fe nos distancia.

Mi hijo se giró entonces hacia mí, como si buscara un permiso que no estaba en mi mano dar ni negar. Su rostro radiante era muestra de la temeraria ilusión que gobierna la juventud. Abrí mis brazos en gesto conciliador, pues las duras miradas de todos aquellos hombres de armas se posaban en mí inquisidoras.

—No está en mi mano decidir el futuro de mis hijos. Ellos son los que han de encontrar su camino en este mundo. Tan solo un caballo puedo darle para facilitar sus deseos, pues todo el mundo es libre de abandonarse en manos de vuestra congregación.

Un calmado regocijo gobernó la mesa en aquel instante. Sobrias sonrisas adornaban aquellos rostros curtidos en mil batallas. Tan solo Ruth, la lugarteniente del temido Acán, se permitió expresar sus pensamientos a viva voz.

—Nos congratula conocer tu disposición anímica, Hans. Siempre fuiste un leal aliado en los avatares del destino. Tu baluarte jamás ha sido violado por las huestes del Diablo. Nunca sus mesnadas han tomado la plaza de la cual se te encomendó la defensa.

En aquel momento comencé a sentirme inquieto. Las palabras de mi huésped, pronunciadas en aquel tono de ultratumba, perturbaban mi entendimiento. Un sudor frío recorrió mi espinazo y no pude reprimir nerviosas miradas a mis guardias. La impasibilidad de los de las Huestes Negras me confundía. Si de verdad estaban al corriente de mis pactos secretos, ¿cómo podían permanecer hablando tranquilamente con mi familia? Desesperado, intenté llevar la charla por otros derroteros.

—No son mis méritos los que debemos rememorar esta noche, sino que hemos de loar la valiente actuación de vuestro contingente. A mis oídos ha llegado la noticia de la toma y quema de Turín a manos del grueso del ejército que comanda el Pietro.

Adriano elevó su copa y la observó, girándola desde la base, con un ojo guiñado. Expuso su punto de vista con una despreocupación que nada tenía que ver con el tema que trataba.

—Es de necios vanagloriarnos de las victorias cosechadas cuando nuestro enemigo avanza por otros frentes. Sus fieles ganan posiciones por el Oriente y casi no nos quedan poblaciones en los Urales que nos sean leales.

—No obstante, nuestros fieles correligionarios del norte harán retroceder de nuevo hacia el sur a los *kynos* —intervino Ruth con su pálida voz. Se interrumpió un momento al entrar dos de sus compañeros portando el cofre. Estos eran un hombre con largos bigotes rubios, llamado Eric, y una joven de tez muy blanca y largos y negros cabellos llamada Belisana. Ambos se detuvieron en el umbral y se quedaron de guardia, uno a cada lado del baúl.

Mis hombres miraban indecisos aquel objeto. Estaba aherrojado y asegurado por cadenas y candados, y, por lo que decía Acán, contenía oro. Mucho, a juzgar por el esfuerzo que les había costado acarrearlo a aquellos dos guerreros. Antes de que pudiera dar ninguna orden, Ruth continuó opinando, en apariencia indiferente a la llegada de sus compañeros.

—Sin embargo, el dolor más profundo nos lo causa el descubrir la corrupción en el seno mismo de nuestro ejército. La traición es el peor de los males que nos asolan, pues reduce el número de nuestros efectivos y condena a los renegados al Infierno, con lo que se acrecienta el poder del Diablo.

Turbado por sus palabras, pero tranquilizado por la neutralidad de su tono, me atreví a preguntar:

—¿Acaso habéis descubierto algún traidor entre vuestras filas? Jamás pensé que los lazos del Diablo fueran tan largos, o tan excelsa su pericia para usarlos con éxito en tal dominio.

Fue en aquel momento cuando Acán se levantó furioso de su silla, echándola hacia atrás con gran estrépito. Tomó con destreza el pergamino y, tras romper el lacre, comenzó su lectura adoptando una entonación agresiva y vehemente:

—Para los ojos del capitán de la Bandera de Adraga, deudora del Sacro Ejército de las Huestes Negras, y los oídos de Hans de Nanpraga, descendiente y consanguíneo de Hans “El Fuerte” y rey de la ciudad de Nanpraga.

»El dolor que anida en nuestros pechos es tal que no podemos por menos que comunicarlo al causante del mismo. Es por ello que envío a mis leales para observar el estado anímico del ofendido, o, si se prueba, ofensor, con el fin de acabar con esta intriga que se urde en el propio seno de nuestro ejército.

»Llevarán pues, para solventar nuestras dudas, el objeto de la discordia, el artífice de la desconfianza que la Providencia puso en nuestras manos. Pues sin sospechar lo que se ocultaba en el corazón de la fortaleza llamada Hija del Cuervo, la tomamos por las armas para la mayor gloria del Dios Verdadero. Llegado el momento del saqueo y la destrucción de la plaza tomada, los soldados de la Bandera de Nanembó, deudores del Sacro Ejército de las Huestes Negras, encontraron el cofre que ha de llegar a vuestros ojos al tiempo que estas palabras a vuestros oídos. Su contenido será abierto en la presencia de testigos ajenos a la Bandera de Adraga para que brille la luz de nuestro Señor con todo su esplendor.

»En caso de confirmarse nuestras sospechas, condeno al exilio al acusado. Y recuerdo que todo aquel que preste auxilio a los aliados del Diablo, a los renegados o a los súbditos de cualesquiera de ellos, incurrirá en crímenes contra el Dios Verdadero y quedará, por tanto, condenado sin remisión al tormento eterno en las llamas del Infierno.

»Será nombrado su sucesor, hasta que se solventen todas las querellas y para siempre en caso de muerte, el primogénito de los príncipes de la ciudad: Lan de Nanpraga. Que todo se ejecute tal y como está escrito.

»Y Hágase la Voluntad del Dios Verdadero.

»Firmado por el Pietro.»

Acabada la lectura, Acán se dirigió dando poderosas zancadas hacia mi poltrona entre las miradas de estupefacción de mis sirvientes y familiares,

quienes se habían convertido en los testigos involuntarios de mi juicio. Un juicio que ni siquiera yo sospechaba que fuese a celebrarse. Los murmullos de mis guardias se acallaron cuando acabé de examinar el documento y la firma y lo arrojé sobre la mesa, con gesto abatido, sobre la fuente del asado. ¡Directamente a la chimenea debí arrojarlo tras perjurar que mentía! Mas yo no sabía lo que me esperaba, aunque por supuesto no sería el exilio. Este es el mayor tormento en vida de cuantos pueden imponerse en estos tiempos inciertos. Preferible es el suicidio a verse acosado y repudiado por todos los habitantes de un mundo inhóspito y en ruinas.

Acto seguido al final de mi lectura, Belisana y Eric, los recién llegados cruzados, depositaron a mi vera el cofre, a la vista de todo el mundo, al lado de la mesa. Se retiraron unos pasos hacia atrás, situándose tras Acán, mientras Ruth se levantaba con una llave en la mano. Mi hijo Moisés y mi consejero se pusieron en pie para ver el contenido del cofre, pues estaban sentados en el lado opuesto de la mesa. Los hombres de armas que había destacado como guardia de honor se situaron más cerca de mí para mejorar su perspectiva. Por último, la tapa del cofre fue levantada y su contenido expuesto a todos los presentes. Centenares de monedas de oro y otras tantas de plata. Vajilla y adornos de los más ricos materiales. Bellas armas engastadas con gemas preciosas y otros utensilios valiosos. Y sobre todo ello un pergamino cerrado por un lazo rojo.

Un murmullo de asombro se extendió por todo el comedor. No me cabía ninguna duda: incluso mis guardias eran capaces de reconocer algunos objetos que antes me habían pertenecido. Mi boca se abrió y cerraba sin proferir palabra alguna. Estaba completamente dominado por el terror.

La voz de Acán se elevó sobre las otras, acallando los cuchicheos.

—¿En alguna ocasión ha sido tomada esta fortaleza por tropas leales al Diablo, rey de Nanpraga?

—Jamás nuestra defensa ha sido quebrada por el enemigo —respondí con un hilo de voz.

Notaba todas las miradas de mi gente clavadas en mí. Sentía la presencia de los cruzados como un cordero rodeado por silenciosos lobos. Acán continuó.

—¿Reconoces el tesoro que hasta ti hemos traído esta noche? Y, en caso de hacerlo, ¿ostentabas la posesión de alguna de las partes del mismo?

El miedo dejó paso a la determinación. Ya nada temía, pues todo estaba perdido.

—Sí, fue el precio que se pagó por la salvaguarda de la ciudad de Nanpraga y la vida de sus habitantes. Este fue convenido en un pacto secreto del que nadie tuvo conocimiento y fue satisfecho íntegramente con mis bienes. Todo lo que hay en ese cofre me pertenecía.

Un nuevo murmullo se dejó oír en la estancia. Mis sirvientes se movían inquietos y mi consejero se desplomó abatido sobre la silla. Tan solo los cruzados permanecían impassibles, ajenos a todo dolor derivado de la condición humana.

—En algo tienes razón, Hans —sentenció la voz de Ruth—: todo lo que hay en ese cofre te pertenecía. Pero te equivocas al decir que el pacto se saldó

íntegramente con tus bienes materiales, pues vendiste también tu alma por preservar tu vida terrena.

—La sentencia solo puede ser una: el exilio.

Acán había hecho ya de verdugo, pero no en vano corría por mis venas la sangre de un héroe. No me rendiría sin presentar batalla, aunque bien me doy cuenta ahora de que no sabía quiénes eran mis enemigos. Yo solo me cavé la fosa, y le permití al Señor del Mal que me arrojase a la misma. Pero en aquel momento me dominó la locura.

Volcando el sillón contra Ruth, me arrojé sobre el cofre y cogí el pacto que había forjado con los sirvientes del Diablo. Al momento, Acán y yo desenfundábamos los aceros uno frente al otro. “¡Nanpraga!” grité llamando a mis leales. “¡Adraga!” convocó él a los suyos. Mas nadie estaba dispuesto a dar su vida y su alma por mí. Con la advertencia del Pietro pesando sobre nuestras cabezas se me había despojado de mi guardia. Tan solo un forcejeo con uno de mis siervos se produjo, enajenado este por la tensión del momento.

El viejo cruzado saltó por encima del cofre con sorprendente agilidad. Para ir ataviado con mallas se movía con endemoniada pericia. Mas a pesar de su patente superioridad en el combate, parecía dudar a la hora de acabar conmigo.

—¡Ríndete! Nada hay ya por lo que debas luchar. Nadie precisa ni desea tu defensa. Acepta tu destino y sal de estas tierras. Conserva tu dignidad ahí donde has perdido el alma.

No era momento de rendiciones, o así al menos lo creía. Lancé una desquiciada carcajada y le repliqué:

—¡Malditos seáis todos! Me empujáis con vuestros actos a las fosas del Infierno y todavía os permitís el darme consejo. —Y, tras arrojar el pacto diabólico a las llamas de la chimenea, añadí—: Ardan vuestras almas por toda la eternidad como arderá la mía por vuestra causa. Solo a sangre y hierro saldré de mis tierras cuando ya ninguno de vosotros quede en pie.

Dicho lo cual lancé un fuerte mandoble hacia el cuello de mi adversario. Acán lo esquivó agachándose y me respondió con una estocada al costado. Cerca estuve de no poder desviarla, y me vi obligado a ceder el poco terreno del que disponía para combatir. Irguiéndose, me lanzó un nuevo ataque, esta vez al pecho, dirigido más a mi espada para debilitar mi defensa que a mi cuerpo para segarme la vida. Su fuerza era inaudita y tuve que apoyarme en la pared para no caer, lo que me privó de una mano para sustentar mi espada. Me veía perdido, pero el azar puso a mi alcance un candelabro repleto de velas, el cual tumbé para frenar el avance de aquel viejo sanguinario.

Era un adversario ciertamente terrible, con su fe grabada a fuego en la frente y los trofeos de guerra pendiendo de sus brazos. El terror que inspiraba su aspecto tan solo era superado por el opresivo silencio en que se batía.

El ardid del candelabro me proporcionó breve respiro que aproveché para saltar la mesa y afianzarme en una posición más defendible. Me salvaba por el momento el que no interviniesen sus subalternos. El motivo todavía ahora lo desconozco. Tal vez el viejo Acán recordaba los tiempos en que combatimos mano a mano contra los siervos del Diablo, cuando yo era aún un muchacho y él

ya un curtido cruzado. Por ello pudiera ser que prefiriera solventar él mismo la querrela, bien como un modo de venganza personal por el peso de mi traición o tal vez como concesión caritativa para librarme de ser acosado por varios guerreros y poder proporcionarme una muerte limpia y piadosa.

Acán se giró dando ya la siguiente estocada, la cual vino con tanta fuerza que preferí evitarla a pararla. Su espada chocó contra la pared levantando chispas y ecos. Yo le devolví la agresión y pugué por cercenarle el brazo sin demasiado acierto. La experiencia le permitía hacer maniobras con las que yo ni siquiera soñaba tras tantos años de molicie.

Se dejó caer para evitar el filo y, rodando por el suelo, llegó hasta mi flanco y me intentó herir de nuevo. Me vi obligado a retroceder otra vez, más y más apurado en mi defensa, hasta que por fin tropecé con el mismo sillón que había derribado contra Ruth.

Mi contrario no perdió la oportunidad. De un fuerte mandoble en las costillas me hirió de muerte y me desvió hacia la chimenea aun antes de que tocase el suelo.

Recuerdo aquellos instantes de un modo difuso, como envueltos en las brumas del amanecer. Los gritos de mi mujer llegaban hasta mis abrasados oídos, así como otros murmullos de voces masculinas. Me parecía ver la silueta de Acán recortada entre el humo, borrosa, silenciosa e inmóvil. Mis propios alaridos se confundían con las voces de los presentes en una vertiginosa cacofonía. No hubo demasiado revuelo. Tampoco duró mucho mi agonía. En realidad ya había muerto cuando contemplé la columna de jinetes encaminándose hacia mi castillo. Mi muerte llegó cuando la cobardía y la comodidad me impulsaron a firmar aquel pacto con los lacayos del Diablo.

Ahora ya lo sé. He tenido tiempo para observar mi vida una y otra vez. Todos mis recuerdos, nítidos en mi mente, examinados eternamente. Todos menos el instante mismo del cambio, el trance que nos lleva de una vida al más allá, que no es otra vida sino la negación de esta.

Es ahora cuando puedo afirmar con sinceridad que nadie fue culpable de mi final. Nadie excepto yo. En el frenesí del día a día no nos damos cuenta de que con cada acción de nuestra vida, por nimia que parezca o enterrada que quede con el paso del tiempo, vamos forjando nuestra muerte.

Es ahora cuando me lamento de haber firmado aquel pacto diabólico, pues, como a todos los criminales sucede, el arrepentimiento acaba por llegarnos cuando sufrimos la condena. La verdadera condena.

La condena eterna.



**ECOS DEL PASADO: VEINTIOCHO AÑOS ANTES...**  
**EPISODIO II: DE CÓMO SE FORJAN VÍNCULOS DE SANGRE**  
**EN LA BATALLA**



draga! ¡Adraga! ¡Por el Pietro y las Huestes Negras! —aullaba Martin de Narausen haciendo caracolear su montura sobre la colina.

Las saetas no se hicieron esperar. Atraídos por los molinetes de su espada, centenares de *kynos* volvieron sus sanguinarias miradas hacia el cruzado y corrieron hacia su posición disparando sus arcos. No obstante, ni caballo ni jinete retrocedieron un ápice. Bien al contrario, se afianzaron en su posición preparándose para cargar en solitario contra aquellas huestes monstruosas. En un instante, todo el campo de batalla parecía estar pendiente de aquel temerario desafío.

Escudo alzado y espada en ristre, el capitán de la Bandera de Adraga se lanzó a tumba abierta contra la primera línea de engendros. Pero antes de que llegara el terrible impacto, una carga de caballería lateral barrió a los *kynos* y desbarató su ataque.

Martin no redujo el ritmo de su cabalgada. Simplemente se limitó a corregir la dirección para incorporarse a la cuña que capitaneaba su segundo, el teniente Acán de los Pirineos, reforzando el asalto. La pradera era un terreno ideal para los cascos de los caballos y las Huestes Negras estaban aprovechando al máximo aquella ventaja. La batalla, sin duda, se inclinaba a favor de la cristiandad.

Habían llegado hacía apenas tres días, demasiado tarde para salvar el puesto avanzado de Castelborg. Solo cenizas y muros derruidos les aguardaban donde meses antes hubo una población floreciente. Todos los habitantes de la ciudad pendían ahorcados de las ruinas o habían sido reducidos a carroña para los *kynos*. La matanza había sido terrible y, en respuesta, la batalla había mudado su cariz: sin nadie a quien auxiliar, solo quedaban enemigos a los que castigar sin misericordia alguna. Parecía que aquella venganza no iba a tener fin.

Los cruzados dividieron en dos el grupo de jinetes que comandaban y se desplegaron para flanquear una caterva de engendros que estaba presentando batalla con inusitado acierto. A sus pies yacían decenas de hombres de armas horriblemente mutilados y parecía que su mera presencia servía para espolear a los *kynos*. Acán dirigió su montura hacia el de mayor tamaño, reprimiendo un escalofrío cuando el tableteo rítmico de los cascos se transformó en un viscoso chapoteo: la sangre empapaba hasta tal punto el suelo que este permanecería negro durante lustros.

—¡Adraga! —desafió al viento para infundirse ánimos y espantar el temor a quedar atrapado en el fango—. ¡Adraga! ¡Por el Dios Verdadero!

Como una furia de hierro y muerte cayeron sobre el reducto de engendros, pero estos aguantaron bien el impacto y pronto la carga degeneró en una batalla campal. Los caballos caían alanceados y los *kynos* saltaban sobre los jinetes embriagados de sangre. Se valían de sus colmillos retorcidos tanto como de sus puñales para degollar a sus víctimas, creando un espectáculo tan dantesco que muchos soldados erraban sus movimientos subyugados por el horror que les rodeaba. Quienes permanecían en pie, blandían sus armas con más rabia que conocimiento, en un intento por espantar al enjambre de criaturas que, como un avispero encolerizado, se volcaba sobre sus filas con bárbara alegría.

Entre estos supervivientes, Acán no desfallecía. Su caballo había sido derribado de un mazazo, el cual había reducido el cráneo del noble bruto a una masa informe de músculos, sangre y hueso astillado, y ahora combatía a pie, espada y escudo embrazado, contra una caterva creciente de engendros. La cabeza de un cruzado era un trofeo demasiado apetecible para que las bestias lo dejaran escapar. Y él lo sabía.

Momentos como aquellos forjaron la leyenda del Lobo de los Pirineos. Su espada silbaba decapitando, cercenando, repartiendo dolor y muerte pródigamente. Sus pies permanecían firmes sobre el resbaladizo suelo, obedientes a las enseñanzas del monasterio de Adraga. El escudo, tenaz, cubría una y otra vez a su dueño, frustraba los ataques de los engendros y acrecentaba su malsana furia. Finalmente, atraído por aquel pandemonio, el líder de la partida de guerra se acercó a donde se batía.

Era un *kyno* inmenso. De su frente brotaban dos cuernecillos retorcidos que encontraban un inquietante reflejo en los colmillos que, disfrazándolo de jabalí, salían de su boca. Un hilo de sanguinolenta baba bañaba el camal de la negra armadura con la que se cubría el ser, una mole de hierro humeante que bramaba ansioso por medirse con un rival de su talla. Acán se encaró contra él dispuesto a aceptar el duelo. Tomó la espada con ambas manos y adoptó una guardia alta en previsión del hachazo que, con total certidumbre, inauguraría el combate. Por un momento, el tiempo pareció detenerse.

Resoplando como una marmita, aquel campeón del Diablo cargó contra el cruzado y, en ese preciso instante, una flecha perdida se hincó en el muslo de su objetivo. Un proyectil errado; un simple momento de duda y su equilibrio se tambaleó. Rodilla en tierra, el teniente de las Huestes Negras musitó una plegaría, rogó por algo más de tiempo con el que seguir batallando en la tierra de los hombres. En ese instante, un jinete, azuzado por un grupo de *kynos*, se interpuso en la trayectoria del monstruo, quien, sin dudarle, descargó su arma sobre el corcel. El sonido de huesos quebrados fue espantoso.

Sin perder un instante, Acán saltó por encima del animal y hundió su espada en la boca de su enemigo hasta la empuñadura. El impulso le hizo caer rodando en mitad del caos, pero se negó a detener su marcha. Al tiempo que desenvainaba la daga, repartió mandobles a diestro y siniestro, adivinando apenas un mancha rubia a sus espaldas, allí donde el providencial jinete se ponía en pie a duras penas.

—¡Nanpraga! —gritaba este sin cejar en sus ataques, perdido el yelmo y el pavés en el encontronazo.

Acán sonrió con fiereza. Conocía la estirpe de Hans "el Fuerte" y el servicio que la ciudad estaba brindando en aquella campaña.

—¡Por las Huestes Negras! —se unió a su grito de batalla, orgulloso de sus aliados.

Entonces empezó la macabra lluvia que inscribiría indeleblemente aquel día en las historias de todos los narradores de la Vieja Europa. No fue agua, ni nieve, lo que cayó del firmamento, sino cabezas, las cabezas agusanadas de los muertos de Castelborg profanadas por las huestes demoníacas. Sus catapultas bombardearon el campo de batalla para regocijo de los *kynos* que seguían batiéndose y el horror de los hombres que ahí combatían.

Acán apenas les dedicó una mirada. Alzó el escudo por encima de su cabeza y siguió apuñalando a cuantos engendros se acercaban a su insaciable arma, inmune al terrible espectáculo. Hans, por el contrario, dirigió la vista al cielo y contempló abrumado cómo un cadavérico proyectil volaba directamente hacia él. Después del impacto, solo quedó la negrura.

Horas después, el joven abrió los ojos. Seguía rodeado de un considerable ruido, pero pronto se dio cuenta de que aquel bullicio poco tenía que ver con el estruendo del campo de batalla. Parpadeó varias veces y consiguió centrar la mirada en las telas y estandartes que flameaban a la luz de las antorchas. Poco a poco, una certeza se fue abriendo paso en las brumas de su mente: se encontraba en una tienda de campaña, en el pabellón de mando, y esos que vociferaban en torno a una mesa, brindando ruidosamente, eran los otros nobles que habían tomado parte en la contienda.

—¡Mirad! ¡El de Nanpraga vuelve de entre los muertos! —restalló una voz desatando un coro de carcajada groseras.

—Bébetelo, Lázaro —bromeó un conde franco de quien no recordaba el nombre al tiempo que le tendía un vaso de vino.

Hans lo tomó con manos trémulas, sentándose, todavía algo mareado, en el borde del lecho. Alzó su copa, en mudo agradecimiento, y dedicó una sonrisa desvaída a sus compañeros.

—¡Por Nanpraga! —clamaron estos al unísono.

Eran al menos una docena, nobles provenientes de todos los reinos libres. Francos, britanos, castellanos, germanos... todos hermanados por una causa común: la guerra contra el Diablo. Aquel día, el campo de batalla había sido Castelborg. Mañana, ¿quién podría decirlo? Al menos, pensó taciturno, parecían festejar una victoria. El funesto recuerdo de aquella cabeza cercenada volando directamente hacia él... su mera imagen le producía escalofríos.

—¿Ha terminado la contienda? —preguntó para sacudirse esas memorias ingratas—. ¿Se ha liberado la plaza?

En ese momento, los dos mandos de la Bandera de Adraga entraron como cuervos siniestros en la tienda de campaña, portadores de respuestas y augurios.

—Todavía estamos dando caza a algunos engendros —declaró Martin de Narausen mientras dejaba su yelmo ensangrentado sobre la mesa—, pero vuelve a ondear la enseña del Pietro en Castelborg: las Huestes Negras, con la ayuda del Dios Verdadero, han traído la luz a estas tierras.

¿Luz? Hans sintió cómo se le revolvió el estómago. Era difícil pensar en la luz en jornadas tan lúgubres como aquella, y más en presencia de los cruzados, que parecían ir siempre envueltos en sombras.

Apercibiéndose del denso silencio que se había adueñado de la estancia, dio un trago a su vaso; así tendría la boca ocupada. Para su alivio, la voz templada de Acán de los Pirineos lo quebró aquella losa en mil pedazos que pronto fueron olvidados.

—Bebamos —dijo—. Bebamos ahora que el hierro puede reposar por unos instantes. ¡Bebamos a la salud de Hans de Nanpraga, cuyo arrojo me ha condenado a permanecer unos años más en este valle de lágrimas!

Los nobles estallaron en carcajadas y alzaron sus vasos. El vino corrió de nuevo y las conversaciones, que apenas se limitaban a otra cosa que a recordar las hazañas de aquel día, o las de tantos otros iguales, llenaron el pabellón. Aun con la sombra del miedo y la muerte planeando sobre el campamento, los soldados se abandonaban a una suerte de alegría.

—Señor, no soy digno del brindis —se sinceró el de Nanpraga acercándose al cruzado—. Me honra, pero...

—No hay gesta menor en la lucha contra el Diablo —le cortó Martin de Narausen poniéndole una mano sobre el hombro—. Y no es orgullo vano el aceptarlo: es una recompensa que nos brinda el Dios Verdadero para infundirnos fuerzas en este eterno batallar.

—Además, siendo descendiente de Hans "el Fuerte", tus gestas no han debido ser tan menores —intervino un noble, un barón de Millevaches, en la tierra de los francos, a juzgar por el blasón que lucía en su sobreveste.

—Me honráis, camaradas.

—No —terció Acán de los Pirineos—: honras tú a tu estirpe con tu valentía y tu lealtad a las Huestes Negras. Eres digno hijo de tu padre, y en tal dignidad sabrás educar a tus sucesores si sigues por esta senda.

El instante de quietud de tan solemnes palabras amplificó el comentario de otro de los presentes, un conde barbudo de la Marca Germánica.

—¿Podrá alguien, algún día, explicarme por qué los clérigos tienen tanto que decir sobre la descendencia cuando sus mismos votos les impiden tenerla?

La ausencia de un coro de risas dejó la chanza colgando en el aire, desnuda, indeleble. De algún modo, sonó a ofensa.

La mano de Acán se crispó sobre la empuñadura de su espada, pero Martin supo aquietarle con un gesto.

—Supongo que el mismo que sepa responder a otra pregunta: ¿por qué interesa tanto a los laicos la observancia de los votos que realizan los cruzados?

Ahora sí, unas cuantas carcajadas, quizás algo tensas, llenaron de nuevo el ambiente y ahogaron la puntilla masculada por el de los Pirineos:

—¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?

—Mateo, capítulo siete, versículo tercero.

Hans de Nanpraga había oído al cruzado y secundado su reflexión. Este le miró con los ojos brillantes de un feroz reconocimiento. Le aferró con fuerza del brazo y, sosteniéndole la mirada, asintió en silencio antes de añadir:

—Hans de Nanpraga, espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, y que nuestras espadas vuelvan a desenvainarse en el mismo campo de batalla. No habré de olvidar este día por muchos años que el Dios Verdadero tenga a bien concederme.

«Yo tampoco», pensó el joven heredero. «Yo tampoco.»



## PURGATORIO: ERIC DE NORMANDÍA

### EPISODIO III: DE LA CONDENACIÓN POR LA CODICIA



quella mañana el sol no nos saludó. La cortina de nubes oscuras que la jornada anterior había ido congregando sobre nuestras cabezas se había vuelto más y más abigarrada, y su color negro amenazaba tormenta. No era un día especialmente frío, pero la falta de luz le confería un aspecto triste. Fue un día acorde con la noche que lo había precedido.

Tras la cena y el posterior duelo, Acán disolvió la reunión e instó al muchacho llamado Lan a que pasara la noche en vela. Hubiera sido preferible que su padre no se hubiera arrojado a las garras de la muerte, pero nosotros solo somos hebras en el entramado del destino y poco podemos hacer para variar tan complejo fenómeno. Como futuro monarca de la ciudad, correspondía al chico pasar la noche meditando sobre la pesada carga que en sus hombros iba a recaer, aunque lo más probable es que no pudiese apartar la mente de los funestos acontecimientos que le habían hecho heredar. La traición de su padre, como todas las obras del Diablo, únicamente había acarreado desgracias y disgustos. Debido a que habíamos de reunirnos con el grueso de la tropa lo antes posible para continuar la campaña, nuestro capitán deseaba que se realizase la coronación con premura. Era requisito indispensable que permaneciésemos como testigos de la ceremonia para informar al Pietro. Si no hubiese sido este el caso, estoy convencido de que Acán hubiese dado la orden de partir aquella misma noche, pues hervía su sangre al estar alejado de la Guerra Santa.

No obstante, había que atar todos los cabos que nuestra llegada a la ciudad había cortado. Era responsabilidad nuestra, tras haber ajusticiado a Hans de Nanpraga, velar por el buen encauzamiento de su gobierno, algo que pensábamos solventar dando un nuevo rey a la marca, uno temeroso de Dios y, a ciencia cierta, de sus heraldos.

La ceremonia había sido programada, con algo de precipitación, para la mañana siguiente. Como el ritual era largo, los festejos no acabarían hasta el anochecer. Por ello, nos íbamos a ver inmovilizados al menos durante una jornada más en aquella ciudad maldita. La presencia familiar iba a ser reducida y, al no haber enviado invitaciones formales a los nobles vecinos, solo contaríamos con la presencia de la plebe. No obstante, esta era la principal interesada en el evento y, por lo tanto, la única indispensable en la coronación.

El otro muchacho, el llamado Moisés, partió antes del alba. Tan solo llevó consigo una espada y un salvoconducto firmado por Acán, así como un caballo, para no demorarse más que lo estrictamente necesario en su camino hasta Adraga. Una fe grande debía poseer para no guardar rencor al verdugo de su

padre. Este rasgo quedó por todos constatado al hacernos partícipes de su decisión de tomar los votos de nuestra orden. Un rayo de luz alumbró aquella noche de desdicha, bendito sea el Dios Verdadero.

La madre tampoco iba a estar presente en la coronación de su hijo Lan, pues decidió, tras la muerte de su esposo, tomar los hábitos y hacer voto de silencio. Así pues, los presentes quedaban reducidos a miembros de la ciudad sin lazos de sangre con el chico junto con nuestra representación para velar por el buen orden de la ceremonia. A pesar de ello, el joven Lan no parecía sentirse molesto ni abrumado por los acontecimientos. Más tarde pudimos forjarnos una idea acerca de su carácter que nos explicaría aquel derroche de sangre fría. No es que este rasgo llame mucho la atención entre la gente de nuestra bandera, pues bien acostumbrados estamos a enfrentarnos a todo tipo de penalidades capitaneadas por el Maligno y la Muerte en persona. Sin embargo, siempre nos asombra encontrarlo en gentes sencillas y llanas, como son los laicos o los monjes.

Al acabar la reunión, celebrada con el cuerpo de Hans aún entre nosotros, cada uno regresamos a nuestros aposentos para desempeñar nuestras encomiendas, las cuales, durante aquella noche, no fueron pocas. Debían quedar pocas horas para el alba cuando me encaminé con Baal, el cartaginés, a dar sepultura en tierra impía al antiguo rey de Nanpraga. La supervisión corrió a cargo de Ruth, nuestra teniente, pues la tarea de ocultar los cuerpos de los malditos no es algo que se pueda hacer con descuido o a la ligera.

Elegimos un terreno estéril, donde su mal no pudiese esparcirse a otros seres vivos, y procedimos a cavar una honda sepultura que dejaríamos sin baliza ni losa. Así quedaría oculta a la vista de los hombres pero a merced de los carroñeros del subsuelo. El trabajo fue arduo, pero tanto el isleño como yo gozábamos de gran fuerza. Ruth se encargó de sustentar las antorchas y recitar las plegarias apropiadas para evitar que su espíritu escapase de la tierra muerta en que lo dejábamos. El espectáculo era francamente tétrico, y la tez oscura de mi compañero no aliviaba en nada mi desazón. Quizá la costumbre normanda de pintar a los demonios como seres de piel negra fuera la responsable de mis injustificadas inquietudes. Lo cierto es que, aun sabiendo lo absurdo de mis recelos, el nerviosismo que me infundió aquel siniestro ritual me impidió dormir el resto de la noche.

Así pues, la meditación ocupó las escasas horas que nos separaban del amanecer cuando llegamos al castillo. Tras quitarnos el polvo con agua gélida, cada uno nos dirigimos a nuestra respectiva habitación donde, arrodillado frente a la ventana, pasé el resto de la noche. Tapada la luna por el tapiz de nubes me era negada cualquier luz, por lo que la imaginación se desbordó en mi mente con pasmosa facilidad.

El amanecer trajo una débil claridad pero, como ya he dicho, el sol no hizo acto de presencia. Nos reunimos en la sala en que desembocaba tanto la escalera como el pasillo que daba a nuestras habitaciones. En ella habían dispuesto, por orden nuestra, una gran mesa en la que pudimos desayunar un trozo de pan regado con vino. La ceremonia que se nos avecinaba no era problemática en sí,

pero Acán se mostraba receloso de dejar el tesoro desprotegido en nuestras habitaciones, donde reposaba tras la cena del día anterior. No es que fuéramos a llevárnoslo de vuelta, pero teníamos orden del Pietro de repartirlo entre el populacho, que era a quien por derecho pertenecía. Así pues, nuestro capitán destacó para la guardia a William, un sajón que poseía una gran habilidad con la espada. Este era su más remarcable rasgo, ya que era parco de palabras y no demasiado alegre como compañero. Ciertamente no era mala la elección, pues su carácter inquieto le hubiera hecho problemático en un acto público de semejantes características. Además, tenía todas las cualidades necesarias para ser un disuasorio guardián: alta estatura, retador plante, mirada siniestra bajo la melena negra y voz profunda y amenazadora.

Designada la guardia y otras tareas de escasa relevancia, adcentamos nuestros uniformes y nos dirigimos hacia la iglesia.

Esta era un edificio adyacente a la torre, situada en un patio de armas elevado varios metros sobre el principal del castillo. Era una pequeña capilla de gruesos muros y pequeños ventanales. Esta austeridad solo era rota por dos cristaleras que refulgían encarnadas a ambos lados del altar. Como se hizo costumbre después del Día del Sol Negro, ningún adorno de oro u otro material precioso podía verse en el templo. Tanto su exposición como su entrada estaban prohibidas. Este era el motivo por el cual el rito de la coronación se finalizaba en el salón del trono; únicamente la imposición del óleo y de la corona de espinas se realizarían en la iglesia.

El templo constaba de una única nave. En ella se disponían dos hileras de bancos que dejaban un pasillo central adornado para la ocasión con una alfombra roja. El altar estaba engalanado con flores y velas. Desde él, tres clérigos celebrarían el rito. El recinto estaba lleno de personalidades de la ciudad: todo aquel que tuviera alguna relevancia en la vida cotidiana de la misma estaba presente. El constante murmullo irreverente que siempre acompaña a estas ocasiones se acalló cuando entramos en ordenada procesión. Es innegable que teníamos un aspecto impresionante, por lo que no es de extrañar que impusiéramos respeto a aquella atolondrada muchedumbre.

Nuestros uniformes relucían bajo la luz de las velas, y en ellos destacaba especialmente la insigne cruz de doble travesaño con su brillante colorido. En nuestros yelmos bruñidos se podía ver el reflejo de las llamas retorciéndose en bellos matices. Fieros y hermosos, como ha de ser un ejército celestial, desfilábamos hacia el altar con dignidad regia. Éramos la admiración de las gentes de aquella ciudad, que no estaban acostumbradas a vernos tan de cerca. Con solemnidad, nos fuimos distribuyendo a los lados del altar, subidos al presbiterio. Cinco a cada lado del mismo, firmes como torres de vigilancia, como faros en un mundo perdido en las tinieblas.

Acán aguardaba la llegada del heredero en la puerta, ataviado con la capa púrpura, tal y como la ocasión lo requería por ser testigo de la coronación. Siempre admiré a nuestro capitán. Su porte era majestuoso y su voz firme y poderosa, atributos del que ha nacido para el mando. A pesar de su edad, no había guerrero más mortal ni más temido por las mesnadas del Diablo. En el

campo de batalla le hubiéramos seguido hasta el mismísimo corazón del Infierno, pues no había entre los mortales mente más lúcida ni estrategia más efectivo que aquel que teníamos por mando. Ciertamente, creo que toda la Bandera de Adraga nos hubiéramos arrojado a los brazos de la Muerte a una orden suya, pues, aunque pudiéramos perder la vida, es seguro que hubiéramos ganado el Paraíso. Al menos, en aquella época esto teníamos por certeza.

En estos pensamientos vagaba mi mente cuando apareció el protagonista del día, el príncipe Lan, quien en breves instantes abrazaría la dignidad regia como gobernante de Nanpraga. El muchacho se había vestido con las sobrias galas que correspondían al evento, seguramente guiado por los consejos de Roberto, el que fuera consejero de su padre y con quien había sostenido largas charlas durante la pasada noche. Iba seguido de dos monjes ajenos a la ciudad, como marcaba la tradición. Eran símbolo del consentimiento del Pietro para que se celebrase la coronación.

Las campanas redoblaron para anunciar al pueblo llano que la ceremonia daba comienzo y Lan inició su desfile por el pasillo con la mano apoyada sobre el brazo de Acán. Llegados al altar, el muchacho se arrodilló mientras nuestro capitán le posaba la diestra sobre el hombro y pronunciaba la fórmula que validaba su nombramiento como nuevo soberano de Nanpraga:

—Por la autoridad que me ha concedido el Pietro, atestiguo la legitimidad de la coronación que hoy se va a consumir.

A lo cual todos gritamos: “¡Larga vida al Pietro! ¡Larga vida a los que sostienen su causa!” Desenvainando nuestras armas, las dirigimos hacia el cielo. Los cantos comenzaron y tomamos nuestras espadas del filo, con la cruceta frente al rostro a modo de cruz, y nos arrodillamos.

El ritual era extenso y complejo, y mi mente, agotada por una larga noche colmada de fuertes emociones, pronto comenzó a divagar por senderos alejados del evento que presenciábamos. Tenía entonces un mal presentimiento pero, como he de reconocer, nunca me he mostrado muy hábil en la disciplina de descifrarlos. Esta nos era impartida en Adraga como parte de nuestra formación, pero requiere un control mental del que yo carezco. Como me solía decir Acán: “Eric, eres todo espíritu y fortaleza”. Elogio con el cual me indicaba que yo no poseía aptitudes para la mente. De hecho, creo que era el único cruzado de la Bandera de Adraga que no dominaba el arte de la escritura. No es cierto, como llegaron a pensar algunos, que yo fuera un analfabeto, pero es innegable que mi dominio de la pluma era bastante limitado. Compensaba largamente estas deficiencias, sin embargo, con un físico excepcional y una voluntad inquebrantable. No hay que olvidar que hay que aprovechar los talentos que nos otorga el Señor y no ofuscarnos con las taras que poseemos.

Así estaba yo, perdido en mis divagaciones, cuando de pronto un grito nos sobresaltó.

Habíamos llegado a la parte de la ceremonia en la que el príncipe Lan había de realizar sus votos, es decir, ya nos encontrábamos más cerca del final que del principio de la misma. Era media mañana, pero la escasa luz del día apenas daba muestras de ello. Al escuchar el grito, los cruzados nos pusimos todos en pie

movidos por un resorte, pues la palabra que se dejó oír no fue otra que: “¡Adraga!”. El continuado entrenamiento que habíamos recibido nos permitía reaccionar con rapidez en cualquier situación, sin requerir orden alguna para actuar en emergencias.

En un instante nos plantamos en la puerta de la iglesia, corriendo entre una atónita muchedumbre que murmuraba ensordecedora. Delante de mí iba Arda, la de los Condados Orientales, acero en mano. Al salir al patio giró con presteza hacia una de las puertas que daban a la torre y se dirigió hacia nuestros aposentos, de donde provenía la voz. Sin duda era el sajón quien reclamaba la ayuda de su bandera, y nunca lo hubiera hecho en vano.

Justo cuando iba a entrar por la puerta siguiendo a Arda, una ventana estalló sobre nuestras cabezas provocando una lluvia de cristales que vino acompañada de un gran estrépito. Por un momento, una fracción de segundo tan solo, nos quedamos todos mirando hacia arriba, donde William de Sajonia forcejeaba al borde del abismo con otro hombre. De inmediato, me lancé escaleras arriba con la espada desenvainada y rugiendo como un oso. Ya que no teníamos la sorpresa de nuestro lado, intentaríamos ganar el miedo. Me seguía de cerca la de oriente y el bretón, pero yo no los veía hasta que estuviéramos combatiendo en la habitación.

De una patada abrí la puerta entornada, que golpeó algo que no llegue a ver. Frente a mí había tres hombres armados con espadas cortas y cubiertos de vendas harapientas; tras ellos, un cuarto empujaba a William, quien iba dejando un rastro de sangre en la pared. Había perdido el yelmo y mostraba un corte en la cara, pero no era miedo sino furia lo que traslucían sus ojos. Me lancé sobre el primero de los intrusos, trazando un amplio arco con mi espada. Aunque consiguió pararlo no evitó que mi hoja le quebrase el brazo. Sin duda quedaron sorprendidos ante mi fuerza, y antes de que pudiesen reaccionar, ya me encontraba entre ellos cargando temerariamente hacia la ventana. El sajón tenía más de la mitad del cuerpo fuera, pero se agarraba con tal fuerza al agresor que este no se decidía a continuar empujando, pues hubiera supuesto también su caída. Entonces, algo golpeó mi pierna y caí aparatosamente al suelo, golpeándome con la tapa del cofre en las costillas. Perdí toda orientación y el aliento; quedé, para mi vergüenza, a merced de aquellos asesinos.

Así estaba yo tendido cuando una cabeza cayó por delante de mí. Un fugaz entrechocar de espadas se desató en la estancia y al momento quedó ahogado por un desgarrador alarido. Al final habían caído tanto el de Sajonia como el de Nanpraga. Por un instante, William había conseguido aferrarse al alféizar, pero su mano enguantada había resbalado fatalmente. Su cuerpo se estrelló en silencio al lado de su ejecutor.

Apoyándome en el cofre me volví hacia la habitación, mirando incrédulo a mis compañeros; me costaba aceptar lo sucedido. ¡Había sido todo tan repentino! Por la puerta entraba Adriano, y Christian continuaba su duelo contra uno de los intrusos. En el rincón que había tras la puerta yacía el cadáver de otro, al cual debí derribar al entrar, acuchillado por Arda. El quinto asesino gimoteaba en el suelo, sujetándose su brazo lisiado. Todo tenía un aire irreal.

Poseído por una ira sobrehumana salté sobre el antagonista del bretón y le cercené la cabeza de un solo tajo. La sorpresa fue la que me permitió el golpe, pero también me privó momentáneamente de la espada y evitó que saciase mi sed de sangre, pues el enfrentamiento había sido muy breve. Ante las atónitas miradas de Christian, Adriano y Arda levanté del suelo a aquel a quien había roto un brazo y comencé a estrellarlo contra la pared ignorando sus lastimeros gritos. Ya lo llevaba hacia la ventana para enviarlo al Infierno cuando entró Acán y detuvo mi brazo. Sus palabras estaban cargadas de sabiduría:

—Eric, detén tu mano. Si lo matas ahora, salvarás al verdadero asesino.

Arrojé a aquel malnacido contra una pared y, apoyando un pie en el marco de la ventana, elevé mi espada al cielo y comencé a gritar a la muchedumbre que me miraba desde abajo:

—¡Malditos seáis! ¡No dejaré con vida a uno solo de los conspiradores mientras me quede un resquicio de sangre en las venas! ¡Temblad los que no tengáis limpia la conciencia, pues esta noche rodarán las cabezas de los impíos!

Dicho lo cual, me alejé en silencio. Los increpados, que no eran otros que los invitados a la coronación, me observaron en culpable silencio, y en los rostros de algunos de ellos se llegó a reflejar un delatador miedo.

Arda recogió el yelmo de William del suelo y Christian su espada. A continuación, ambos me siguieron de vuelta al patio de armas, donde reposaba nuestro compañero muerto. Acán ordenó a Baal y a Belisana que sacaran el cofre de ahí ante las aterradas miradas del único asesino con vida. Sin duda temía las torturas que pudiéramos infligirle para que denunciase a su patrón. Nuestro capitán se limitó a encerrarlo con llave en la habitación vacía tras advertirle:

—Si cuando vuelva no nos revelas quién ha sido el responsable de la muerte de nuestro compañero, dejaré entrar al cruzado de los bigotes para que haga de ti lo que desee.

Explicadas las posibilidades que le daba, se marchó. Con un brazo partido, intentar escapar por la ventana hubiera sido una muerte segura para el infeliz; una muerte sin duda muy angustiada por la cercanía de la libertad y la impotencia para alcanzarla. La perspectiva de verme de nuevo y con carta blanca para hacer con él lo que quisiera tampoco debía resultarle alentadora. Era casi seguro que se entregaría a la protección de mi capitán, quién siempre daba una imagen de hombre cabal y misericordioso.

Entre tanto, todos los cruzados nos reunimos en el patio que daba paso al edificio que nos había sido asignado. Dispersamos espada en mano a la multitud, la cual, es cierto, no fue muy reacia a alejarse de nosotros después de mis maldiciones. Sacamos también del lugar a todos los sirvientes que encontramos y sellamos entonces los accesos a la zona con trancas y llaves. Nos habíamos anexionado, entre otras habitaciones, la capilla y los aposentos del rey. Nadie se atrevió a perturbar nuestra paz aquel día, ni siquiera el recién coronado monarca. Nadie cuestionó ni uno solo de nuestros movimientos.

Al poco rato nos encontrábamos todos reunidos de nuevo alrededor del cadáver de William de Sajonia. Su cabeza, ladeada a causa de la fractura del cuello, había sido colocada en su posición original por Belisana, quien se había

encargado también de arrojar por encima de las almenas a su asesino. Este cayó al patio interior principal, para gran escándalo de las gentes que en él estaban. Tampoco importaba el insulto a los ciudadanos, pues nos encontrábamos en estado marcial, y por ello carecíamos de aliados. Nanpraga ya no era una ciudad amiga, sino una plaza a tomar para mayor gloria del Pietro y las Huestes Negras.

Al sajón se le había repuesto la espada: desenvainada, se había depositado sobre su pecho. El yelmo cubría su cráneo destrozado y dejaba entrever los negros mechones de su cabellera. Su boca, cerrada en gesto firme, era el recuerdo de su carácter vigoroso. Expresaba una calma interior que nos indicaba que su alma había volado al Paraíso. Sin duda se encontraba ya entre los puros, disfrutando del banquete celestial sentado a la mesa del Señor.

Rodeábamos por los cuatro costados al difunto, con los yelmos calados en sombría devoción. La pena nos embargaba por haber perdido un compañero y nuestros corazones clamaban venganza. Pero antes había cosas que hacer.

Baal y Sem por un lado, y Ruth y Christian por el otro, introdujeron sus espadas bajo el cuerpo. A la orden de Acán lo elevaron a la altura de sus cabezas y apoyaron las puntas en los hombros de sus pares. Todos formamos detrás de la comitiva, excepto nuestro capitán, quien abrió paso todavía vestido de púrpura. De esta guisa, subimos hasta el torreón, donde habían dispuesto Arda y Adriano una pira funeraria; los muebles astillados de nuestro malogrado anfitrión servirían de combustible.

Depositaron el cuerpo sobre la leña y nos dispusimos a su alrededor, en silente oración. Luego Acán tomó la palabra, como le correspondía por ser el maestro de ceremonias.

—Hoy nos deja un bravo guerrero, temeroso de Dios e implacable con aquellos que osan desafiarle —gritó al viento. Acto seguido cortó con su daga las correas de cuero que testimoniaban las victorias cosechadas por el difunto frente a las huestes del Diablo. Las elevó hacia el cielo y continuó—: Esta es la prueba de sus hazañas. Este es el símbolo del servicio que te prestó en vida. Acéptale, Señor, en la mesa que reservas a tus cruzados, en el banquete que das a los guerreros de la cruz, mártires a tu servicio contra los ejércitos del mal.

Acabado el epitafio cubrió con las correas la cara del sajón y se retiró. Se acercó entonces Ruth empuñando una antorcha. Sus palabras arañaron la quietud de la mañana:

—Que este fuego purifique tu cuerpo y libere tu alma para que vuele rauda al Paraíso. No hubo en nuestra bandera lealtad y fidelidad como las que tú nos profesaste.

La pira prendió en violentas llamaradas, crecidas por el aceite que habían dispuesto en su seno. El fuego consumió el cadáver de nuestro camarada y arruinó sus armas para que nadie las usase de nuevo. Sus cenizas fueron esparcidas por el viento, para que su espíritu nos pudiera acompañar siempre a la batalla, para que ningún enemigo pudiese profanar jamás su descanso. Ninguna cripta encerraría su cuerpo: el ancho mundo sería su tumba. El fuego, que crepitaba en la torre más alta de la fortaleza, se veía desde los más remotos lugares como homenaje a nuestro compañero caído. Las llamas que devoraron su

cadáver fueron las mismas que prendían en nuestros pechos pidiendo venganza. Y por el Cielo que la tuvimos.

Acán bajó hasta el escenario del crimen acompañado tan solo de Ruth y de mi persona. El resto de la bandera quedó velando y orando por William. Cuando abrimos la puerta ya sabíamos cuál había sido la decisión del asesino, pues sus sollozos se oían desde el piso superior. Estaba acurrucado en un rincón de la habitación y suplicaba piedad desde mucho antes de que apareciéramos. Había seguido sangrando por el brazo y se debía encontrar preso de fuertes dolores a juzgar por cómo este estaba amoratado e hinchado. Cuando oyó que abríamos la puerta se giró y nos miró con los ojos desorbitados. Sudaba profusamente y comenzó a balbucir algo cuando Acán se adelantó un paso. En vista de sus dificultades para hablar, nuestro capitán le espetó señalándome:

—¡Confiesa quiénes han urdido este crimen o te abandonaré a manos de mi siervo!

Entre lloros, sin necesidad de ponerle un dedo encima, aquel miserable delató a sus jefes. Estos no eran otros que el príncipe Lan y sus consejeros, una ansiosa camada de hienas que no había podido esperar a que se enfriase el cadáver de su predecesor para abandonarse a la rapiña y la intriga.

Obtenida la información, los mandos dieron media vuelta y se despidieron del confesado con las siguientes palabras:

—No hay perdón para los enemigos del Dios Verdadero. Él distinguirá el día del Juicio a los que merezcan misericordia. Él, solo Él, separará el trigo de la cizaña.

Entonces acabé el trabajo que había dejado a medias cuando finalizó el combate. Lo agarré por el pecho y lo arrojé por donde él no había tenido el valor de tirarse. William no iba a resucitar por ello, pero nadie más en Nanpraga nos clavaría un puñal en las costillas sin antes meditarlo. Ejecutada la única sentencia que podía ser justa, me dirigí a la capilla, donde íbamos a celebrar un consejo. Teníamos que decidir la línea de acción que a partir de ese momento seguiríamos. Nos encontrábamos en una siniestra encrucijada.

Numerosas velas habían sido encendidas en honor a William de Sajonia. Nos iluminaban en la capilla, donde nos habíamos reunido por su causa. La muerte a traición de un cruzado era un hecho de gran importancia por el insulto que suponía a la autoridad del Pietro y, por lo tanto, a la del Dios Verdadero. Era obligado adoptar medidas extremas.

En una bandera, todos los miembros de la misma tienen derecho a expresar su opinión y a hacer propuestas, quedando estas supeditadas a la decisión de la asamblea. Dadas las convicciones morales que todos nosotros profesábamos, era extraño cualquier desacuerdo. En aquella ocasión, de hecho, no había vacilación posible. Estaba en peligro la continuidad de una ciudad fronteriza. La vida y la autoridad de su recién coronado monarca estaban en entredicho. Un baño de sangre era inminente. Y, sin embargo, ninguna duda asolaba a nuestros corazones. Un emisario del Pietro había sido asesinado por un príncipe

codicioso, quien se había valido de engaños y malas artes. Solo un castigo podíamos aplicar y este iba a ser ejemplar. Únicamente nos restaba decidir el plan de batalla.

Se me asignó como compañero a Baal de Cartago, el cruzado de ultramar que me había ayudado a sepultar el cadáver de Hans de Nanpraga. Era un muchacho moreno, de tez negra como la brea, de anchos ollares e inteligentes ojos oscuros. Siempre iba bien afeitado y muy bien arreglado. Solía mantenerse en silencio, estudiando a los demás con una prudencia que me era incomprendible. Su carácter me resultaba inquietante, y hacía que prefiriera con mucho la compañía de otros camaradas, como Adriano o Christian. No puedo negar que era un guerrero eficiente, frío en combate y hábil con la espada. Tampoco el que fuese leal y atento. No obstante, como ya he comentado, su aspecto me resultaba en extremo inquietante.

La isla de Cartago se había formado a causa de los maremotos del día del Sol Negro. Un fragmento de la costa africana se desprendió aquella aciaga fecha y navegó a la deriva por el Marenostro, escorándose hacia el norte. Toda aquella zona estaba bajo el impío dominio de los fieles al Diablo; únicamente las poblaciones de la tierra de Baal resistían con denuedo. Sus ciudades eran el último baluarte que los reinos libres conservaban tan al sur.

Los cartagineses eran una raza fuerte y valerosa, bendecida por Dios con una tenacidad sin igual. La leyenda cuenta que la antigua ciudad de Cartago estaba en el fragmento de tierra que dio lugar a la isla, por lo que los pobladores de la misma dieron en llamarse cartagineses en honor a sus supuestos antepasados. Baal era el arquetipo del hombre de su tierra. Reunía todas las cualidades que les habían permitido sobrevivir durante generaciones al asalto constante de sus villas. Muchos de sus hombres y mujeres sintieron además la llamada del Pietro y se dirigieron a tierras más septentrionales para recibir el entrenamiento que nos hace a los cruzados invencibles. Valientes y generosos, formaron intrépidas banderas que forzaron la retirada del enemigo en territorios que dábamos por perdidos por hallarse enclavados demasiado al sur. Baal fue uno de ellos, pero prefirió unirse a la bandera de Adraga, aun sabiendo que no volvería a ver su tierra.

Con él me encaminaba aquella noche a tomar posesión de la poterna, tal y como nos habían encomendado. Recuerdo que los nervios me asolaban de tal forma que no podía dejar de retorcerme los bigotes. Seguro estoy ahora de que Acán optó por enviarme tan lejos del palacio que Lan ocupaba para evitar que desatase una carnicería o me hiciese matar. Tal vez piense alguno que es absurdo intentar tomar una ciudad amurallada con once hombres, pero con la ayuda del Dios Verdadero todo es posible, aunque no sencillo.

Primero hicimos ondear nuestro estandarte sobre las almenas de la torre más alta, aquella en la que habíamos incinerado a William de Sajonia. Ya su pira funeraria había informado al pueblo del crimen que sus dueños habían perpetrado. Como tales acciones, así como encubrirlas o apoyarlas, conducen irremisiblemente al Infierno, no era improbable que nos fuese entregado el criminal por el mismo pueblo que le había loado pocas horas antes. El pendón de las Huestes Negras anunciaba también que la ciudad pasaba a estar bajo la

protección y mandato directo del Pietro, máxima autoridad en nuestra época. Indiscutible era su poder siendo, como era, emisario del Dios Verdadero. Todo aquel que se resistiera pues a nuestras órdenes estaría incurriendo en un delito de alta traición contra su nuevo señor.

Por último contábamos con nuestra fama, o más bien leyenda. Adraga era en aquellos días una de las banderas más osadas y mortíferas. Nuestro escaso número, debido a las numerosas bajas que el enemigo nos infligía en continuas reyertas, era suplido con creces por la habilidad bélica de nuestro capitán y la capacidad combativa de nuestros hombres. En aquel año habíamos tomado tres fortalezas y derrotado a dos ejércitos valiéndonos únicamente de una osadía sin límites y la ayuda del Dios Verdadero.

Con estos precedentes, no era de extrañar que la guarnición encargada de la vigilancia de la poterna nos franqueara el paso cuando llamamos a su puerta espada en mano. Caía una fina llovizna que, contra todo pronóstico, estaba consiguiendo enfriarme los ánimos. Por ello, cuando los portones dobles se abrieron ante nosotros, solamente pude sentir compasión por aquellos soldados. Después de todo, habían quedado huérfanos por segunda vez al ser destituido Lan de Nanpraga, y habían sido tan engañados como nosotros tanto por su primer monarca como por el segundo. Además, ellos no contaban con la fuerza moral que a nosotros nos hacía firmes atalayas frente a la adversidad.

Aquellos centinelas nos aseguraron que nada sabían de todo lo sucedido en estas dos jornadas, pero que habían recibido una misiva firmada por el heredero en la que les ordenaba que permanecieran en su puesto a cualquier precio aquella noche. El mensaje les había confundido, pues no se observaban tropas en los alrededores y ninguna comitiva tenía intención de abandonar la ciudad de noche, cosa, por otra parte, prohibida en virtud de una más eficiente defensa. No obstante, sabiendo del peligro de destierro que corrían de negarnos el paso, habían decidido por unanimidad abrirnos las puertas; tenían, como hombres temerosos de Dios, las conciencias tranquilas.

Aquel incidente de la carta tenía para Baal un significado diáfano, que a mí, he de reconocer, se me escapó durante su primera explicación. Nos encontrábamos cuando me la dio en el piso superior de la fortificación, intentando avistar a alguno de los miembros de nuestra bandera por las calles circundantes. El cartaginés sospechaba que el renegado príncipe Lan intentaría escapar aquella noche y precisamente por el puesto en que nos encontrábamos. Antes, por supuesto, debería librarse de algún modo de los vigilantes que Acán le había asignado. Al ver que no podíamos contactar con nadie desde allí, optamos por ir en persona a reunirnos con nuestro capitán y, dado que yo no acababa de asimilar los planes del insurrecto, hubo de ser mi compañero quien fuese en su busca a pesar de mis mejores dotes físicas.

Así pues, me quedé observándolo desde el primer piso, presa de la inquietud, mientras se perdía en la noche. A mi alrededor permanecían en silencio los soldados de la poterna, mirando cómo me retorció sin descanso los bigotes con expresión hosca. Las calles permanecían tranquilas, suavemente regadas por la lluvia. La oscuridad del crepúsculo se cernía sobre nosotros y yo ansiaba un

trago de vino. Ya me giraba para reclamárselo a los guardias cuando un resplandor llamó mi atención. Eran luces de antorchas que provenían de una de las calles secundarias que llegaba hasta el portón de acceso a la ciudad. Este era uno de los pocos pasos que permitían escapar a campo abierto; por eso Acán nos había destacado en el mismo. Mis nervios se dispararon al darme cuenta de que me encontraba solo y enfrentado con un probable acercamiento de fugitivos. Con un gruñido llevé mi mano a la empuñadura de mi espada, como solía hacer cuando me sentía metido en apuros, y me asomé a la ventana.

Mi instinto no me fallaba: los problemas llegaban en forma de comitiva real de incógnito directamente hacia mi posición. Eran por lo menos una docena de jinetes montados en los poderosos corceles de palacio. Habían ataviado a estos con arreos pobres, pero era ridículo intentar ocultar la pura raza de aquellos caballos con simples paños mugrientos. A la luz incierta de las teas pude vislumbrar el rostro del fugitivo: el muchacho de Hans intentaba alcanzar la poterna amparado en la noche.

Bien es cierto que soy un hombre bravo, pero batirme con doce jinetes experimentados con un dudoso factor sorpresa eran palabras mayores. Esto ocasionó que me pusiera a balbucear y a amagar movimientos, que en nada se concretaban, ante las atónitas miradas de los guardias. Todo estalló en el momento en el que la comitiva de renegados pasó por debajo de los ventanales desde los que observaba la ciudad.

Estos eran grandes, pues la fortificación estaba dispuesta para ser inexpugnable frente a los que viniesen de fuera y una plaza indefendible de ser atacada desde el interior de la ciudad. Por ellos, pues, cabía yo sin problemas, incluso en pie. Y por ellos salté, presa de un impulso irrefrenable, cuando Lan pasó a mi alcance, gritando “¡Adraga! ¡Adraga!” como si estuviera poseso. Creo que con la acción conseguí sorprender a todos los presentes, desde los renegados hasta a mí mismo, pasando por los soldados de la poterna.

Recuerdo que caí con estrépito sobre el traicionero muchacho, con la espada en una mano y la daga en la otra. El impacto hizo resbalar en el pavimento mojado a su montura, la cual aterrizó sobre su costado izquierdo y nos hizo rodar por el suelo. La mala suerte me acompañaba y mi brazo derecho se clavó en el empedrado como una lanza e hizo que mi codo estallara como si por un rayo hubiese sido alcanzado. Mi cabeza salió mejor parada: fue a hincarse en el estómago de la cría de cuervo, dejándola fuera de combate. Siguiendo mi fiero instinto guerrero, no me detuve a rematar a mi enemigo derribado, sino que me levanté a presentar batalla a los que le servían de escolta. La lealtad de los soldados de la poterna volvió a aliarse con nuestra causa, salvándome en este caso la vida. No es que no pudiese vencer a los jinetes con un solo brazo, ya que el derecho me colgaba flácido de un costado, sino que aquella noche la mala suerte me perseguía y me hubiese robado la vida con cualquier ardid o triquiñuela. Sí que he de reconocer que hubiese tenido que acabar con ellos rápidamente, pues al cabo de unos minutos me desfallecí y fui a parar al suelo, donde quedé tendido e indefenso. Eso, en cualquier caso, es otra historia que en nada afecta a mi integridad guerrera.

Desperté al día siguiente con un colosal dolor de cabeza. Tenía magulladuras por todo el cráneo y una brecha en la frente, causada sin duda por el golpe contra la armadura del muchacho. El brazo me había sido entablillado y vendado con la fría efectividad de la gente de mi bandera. Me encontraba en una de las habitaciones del castillo, en aquella que ocupé la noche que llegamos, en compañía de Belisana, la de los Pirineos. Sus ojos estaban fijos en la ventana. Esta estaba abierta y daba al patio interior, donde se situaba la capilla.

Me ardía la garganta, así que proferí un ronco gemido para atraer la mirada de mi compañera con la esperanza de que me diera de beber. En respuesta recibí un cuenco con vino y una mirada indiferente, así como algo de información:

—Si llegas a dormir un poco más te hubieras perdido todas las ejecuciones. —Un inquisitivo gruñido le hizo detallarme más sus palabras—. Gracias a tu intrépida acción en la poterna pudimos capturar a Lan y su escolta. El viejo Acán no se está andando con finezas en este caso y, uno tras otro, están pasando todos por el patíbulo. No es mal destino para los traidores.

Acto seguido se oyó un fuerte chasquido: el inconfundible sonido de la trampilla al caer. Con esfuerzo, me levanté de la cama y me apoyé en el marco de la ventana. Una ojeada abajo me reveló la presencia de Acán, Ruth, Sem y Baal; todos ellos estaban encargándose de las labores de ajusticiamiento. Algunos de los criados del antiguo rey también se paseaban por el patio transportando cadáveres y otros objetos. De la soga pendían los cuerpos de dos jinetes.

La escena no me resultó en exceso molesta, a pesar de que me gustaba presenciar los juicios y las condenas de principio a fin. Me recosté de nuevo y le formulé a Belisana la cuestión que más me inquietaba:

—¿Han ejecutado ya al muchacho de Hans?

Su respuesta fue acompañada de una sonrisa cómplice.

—No. Acán quiere que nos congreguemos todos al atardecer para interrogarlo. Además —añadió mientras salía de la habitación— su hoguera se verá mejor de noche.

Confieso que no pude reprimir una sonrisa complacida cuando oí aquellas palabras. He de reconocer que no me era especialmente simpática la muchacha de los Pirineos, con aquella manía suya de llamar viejo al capitán y sus constantes insinuaciones sobre el carácter excesivo de sus decisiones. Sin embargo, hay que admitir que tenía habilidad para arrancarme una sonrisa de vez en cuando.

Dado que no tenía objeto el seguir tumbado en la cama, me apuré un par de cuencos de vino y, tras ceñirme las armas, salí de mi habitación y me encaminé hacia la capilla. Al cruzar el patio interior saludé a los mandos, los cuales me devolvieron el gesto distraídos. Ruth parecía haber quedado prendada de la muralla por la que arrojaban los cuerpos hasta el pueblo. Tal vez del horizonte que tras ella se contemplaba y que permanecía cubierto de amenazadoras nubes. Acán, por su parte, estaba extremadamente abstraído y, con la mano apoyada

sobre la empuñadura de su espada, se limitó a saludarme con un leve gesto de la cabeza. Pesadas preocupaciones debían arremolinarse en su cabeza. Grande era la carga que soportaba aquellos días.

El interior de la capilla estaba muy fresco, por lo que sentí un fuerte alivio en el brazo. El mismísimo fuego del infierno parecía poseerlo a causa de la horrible cataplasma curativa que me habían aplicado mis compañeros aprovechándose de mi inconsciencia. El templo estaba vacío, con los ornamentos de la coronación esparcidos entre una abrumadora cantidad de velas. El aspecto general era de ruina, el rasgo más descriptivo del estado de la ciudad. La mano del Diablo siempre acaba creando tal efecto, lo que nos demuestra la estupidez de los que con él pactan.

Caminé por el pasillo central hasta el pie del presbiterio, donde se encontraba Sem, el muchacho de Aquitania. Este visitaba con mucha frecuencia las iglesias para meditar durante largas horas, tal vez por la necesidad que le creara su corta experiencia en el frente. Cuando llegamos a la ciudad tan solo había acabado con tres *kynos* y, por supuesto, no se trataba de grandes demonios. Como su mentor era Adriano, tampoco debía preocuparme yo de tales comportamientos que, por otra parte, en nada parecían perniciosos.

Una vez llegué a su lado me arrodillé junto a él. Mi intención era sacarle algo de información acerca de las acciones que se habían desarrollado durante la noche para hacerme una idea de mi situación tras el combate de la poterna. He de reconocer que el semblante de Acán me había llenado de inquietud. Sem se mostró un poco incómodo al principio, supongo que por no fiarse de mis intenciones. No es de extrañar su recelo, pues a los nuevos miembros de una bandera se los mantiene con frecuencia en continuo examen, tanto de comportamiento como de atención. A pesar de ello, acabamos entablando una sobria conversación que vino caracterizada por mi impaciencia y la extremada corrección del muchacho.

Previamente al incidente de la poterna, me relató el aquitano, Adriano y Ana de Adraga se habían encaminado a los aposentos del heredero y le habían hecho prisionero tras un breve combate con algunos de los criados. La refriega puso en alerta al de Roma, a quien le resultó extraña una defensa tan débil; una vez decididos a presentar cuartel, no tenía sentido que lo hicieran con tanta desgana. Por ello, una vez asegurada la zona y tras haberse encerrado con Lan en una habitación, envió a la de Adraga a buscar refuerzos e informar a Acán de la captura.

Los hechos que siguieron a continuación son los que causaban la inquietud de nuestros mandos. Nada más salir la muchacha, un humo verde y pulsante tomó forma en la habitación. Supuse por la descripción de Sem, acertadamente, que se trataba del hechizo de Hálito Verde. Este sortilegio, muy común entre los practicantes de la Orden de Hermes, crea una pantalla de aspecto similar al de la grasa sobre el agua, de un color verde y levemente vibrante. Su simple contacto corroe los materiales más duros y quema la carne de los seres vivos. El sonido, además, se muestra incapaz de atravesarla.

A causa de dicho hechizo, el príncipe Lan pudo abrirse una vía de escape hasta su escolta, dejando a Adriano acorralado contra una pared y a Ana inconsciente, ya que esta, guiada por su naturaleza impetuosa, había intentado atravesar la barrera. Su desconocimiento del sortilegio estuvo a punto de costarle la vida.

Neutralizados sus vigilantes, el príncipe no tardó en dirigirse hacia la posición que yo ocupaba, confiado en que sus sobornos le permitieran atravesar la muralla. ¡Cuán grande debió ser su sorpresa al verme caer sobre su montura! Bien es cierto que el combate en firme lo hubieron de sostener mis compañeros de armas y los soldados de la poterna, pero tampoco se puede negar que fue mi acción la clave de nuestra victoria. De cualquier manera, Lan y sus secuaces fueron apresados tras un intenso combate, en el cual resultaron heridos Baal, el de Cartago, y Michelle, la de Alania, aunque, por suerte, no de gravedad.

Esta fue toda la información que me reveló el aquitano y, habiéndome quedado más tranquilo tras oírla, dediqué el tiempo sobrante hasta la reunión del crepúsculo en meditar sobre mi conducta. Fue agradable descubrir que no tenía nada que reprocharme: mis acciones de la última semana no portaban mácula alguna.

Al caer la noche nos reunimos todos perfectamente pertrechados en el patio interior que daba acceso a la capilla. En ella se llevaría a cabo el interrogatorio al príncipe Lan, para permanecer a cubierto de los oídos y ojos del Diablo, bajo la protección del suelo sagrado. El brazo comenzó a dejar de dolerme gracias a una infusión que me preparó Belisana con cierta droga muy extendida entre nuestra bandera. La noche estaba cargada de nubes que ocultaban la luna llena por completo, reduciéndola a un incierto resplandor. Apenas soplabla viento, por lo que preveíamos que la situación se mantendría por lo menos unas horas, tal vez varios días. Había dejado de llover y la noche se tornaba fría con rapidez.

Iluminados por cuatro antorchas nos reunimos en círculo frente a la única puerta de la iglesia. Pude observar con alivio que todos los heridos se hallaban en posición combativa; de hecho, era yo mismo el más dañado del grupo. Contábamos, por lo tanto, con diez guerreros prestos. Internándose en la formación y hablando en susurros, Acán se dirigió a su tropa:

—Hermanos de la Bandera de Adraga, nos enfrentamos a unos poderes aún mayores de los que habíamos previsto. Algo mucho más siniestro que unos gobernantes perversos nos aguardaba en la ciudad. La traición del maleable príncipe Lan, al igual que la de su indigno padre, el rey Hans, se han debido sin duda a las manipulaciones directas de algún emisario del Diablo. Una ciudad con las lecturas tan limitadas como es Nanpraga no genera por sí misma eruditos de la Orden de Hermes. Por lo tanto, hemos de encontrarnos ante el caso de una conspiración urdida con parsimonia con el fin de pudrir los cimientos de la ciudad para disponerla a la siega. No solo hemos comprobado la alineación del príncipe con las fuerzas del mal por el hechizo de Hálito Verde que vertió sobre nuestros compañeros, sino que hemos encontrado un grimorio de pactos y hechizos en los aposentos reales. Todavía no sabemos el alcance y poder del

mismo pero, tras el estudio que hará Michelle de Alania, podremos estar seguros de la entidad con la que nos tocará combatir.

El capitán hizo una breve pausa mientras sopesaba nuestras reacciones ante las noticias dadas y, tras ella, y en vista de que nadie presentaba duda alguna, continuó con la exposición del plan que había trazado.

—Conocidos por todos los detalles de nuestra situación, es hora de tomar las armas y continuar con nuestra labor en esta ciudad maldita. Sem, Belisana, Arda, Baal y Adriano acompañaréis a Christian a nuestra sala de reuniones y tomaréis parte en el cometido que él mismo os indicará en el momento adecuado y en el más estricto secreto.

Tras los gestos de aprobación de los aludidos y la posterior marcha de los mismos, Acán continuó:

—Michelle, volverás a tu celda y en ella realizarás el estudio completo del grimorio que ahora te entrego.

Y tras darle un pesado libro se volvió hacia nosotros. Aquel volumen tenía tapas de madera negra cubiertas de cábalas y pictogramas y estaba remachado con hierro y bronce. Era el tercer grimorio que veía en mi vida, y la impresión que causó en mi espíritu fue tan profunda como si se tratase del primero. Esos objetos palpitan de un modo especial, como si la maldad que encierran se resistiese a permanecer en un límite corpóreo.

El grupo restante fuimos encargados del interrogatorio que se llevaría a cabo en la capilla, y hacia la misma nos encaminamos tras despedirnos, no sin un estremecimiento, de la de Alania. Era la suya la misión más arriesgada, independientemente de la que fuesen a desempeñar Christian y sus hombres, ya que el acercamiento a las artes del Diablo suele propiciar la duda y los celos. Yo mismo no pude dejar de musitar una plegaria por su alma, e identifiqué el mismo gesto de preocupación en el semblante de Ruth, nuestra teniente.

O, al menos, eso fue lo que creí vislumbrar.